



TRAS LAS HUELLAS DE
Alba, Hugo y Nico

@BetaCoqueta

ELÍSBET BENAVENT



Si eres una de las coquetas que aún no ha terminado las tres novelas de la trilogía Mi Elección, mejor deja de leer. ¡Pero vuelve algún día!.

Tras las huellas de Alba, Hugo y Nico

No podéis imaginar las ganas que tenía de compartir este pedazo de la trilogía Mi Elección; el extra sobre esa elipsis temporal de dos años que aparece al final de Alguien como yo.

Pocas palabras me quedan por decir más que las que siguen a continuación. Como siempre avisaros de que, si no habéis terminado los tres libros de la trilogía, no lo leáis porque puede contener spoilers. Espero que disfrutéis de esta despedida.

Se os quiere,

ELISABET

El resto de mi vida

(Nico)

Nadie preguntó abiertamente. Supongo que quedó muy claro que el problema era una mujer. Pocas veces en la vida un hombre huye como lo hice yo por algo que no sea el amor. Aunque en este caso era un poco más complicado.

Mi madre me miraba fijamente sin poder evitar que se reflejase en su cara lo sorprendida que estaba. Cuando tu hijo pequeño se sienta en la mesa de tu cocina para decirte que ha dejado el trabajo, ha vendido el negocio que compartía con su mejor amigo y que ha comprado un billete de ida sin vuelta programada, supongo que lo mínimo es sorprenderse. Conociéndola, me extrañó mucho que no se echara a llorar, me llamara loco y me pegase con el paño de la cocina. Pero ella solo se sentó, agarró la taza de café y se encomendó a Dios.

- ¿Qué has hecho? – me preguntó unos minutos después.
- Nada.
- Algo has hecho.
- No he hecho nada. Ese es el problema, mamá. Llevo años sin hacer nada.
- ¿Cómo no vas a hacer nada? Tenías un trabajo, vivías con tu mejor amigo y tenías una novia que nos ibas a presentar...

Bufé y me froté la cara. Otra vez sacaba el tema de la novia de paseo. Sentí una puñalada en la boca del estómago.

- Ya te lo he dicho. No hay trabajo, no hay novia y no hay mejor amigo.

Mi madre se llevó la mano al pecho.

- ¿Es eso? ¿Hugo y tú habéis discutido por una chica?
- No. – me apoyé con los codos encima de la mesa y me revolví el pelo. – Claro que no, joder.
- Vale. – respiró hondo. – Vamos a hacer un esfuerzo los dos, Nicolás... tú por explicarte mejor y yo por entenderte.

Tragué saliva. Mi padre entró en ese momento en la cocina y se quedó parado, sorprendido de verme allí.

- ¿Es fiesta en Madrid?
- No. – respondí con un suspiro.

– ¿Va todo bien?

– No... siéntate. – le pidió mi madre.

Miré al techo y volví a mirarles a ellos.

– Tu hijo dice que se va. Así sin más.

– ¿Cómo que te vas?

– Pues que he tomado la decisión que llevo aplazando desde que terminé la carrera. Me voy a viajar, a hacer fotos y...

– Pero, Nicolás, por el amor de Dios. – se quejó mi padre. – ¡Tienes treinta y cuatro años!

– ¿Me quieres decir que es demasiado tarde para encontrar lo que quiero?

– ¿Y qué es lo que quieres?

– No lo sé.

Se miraron entre ellos en una conversación muda; una de tantas. Era algo que admiraba de su relación... en muchas ocasiones no hacían falta palabras. ¿Conseguiría yo alguna vez algo así? Lo tuve, pero no fue sano. Hugo y yo también nos entendíamos con solo mirarnos. No era una relación de pareja, lo sé. Ni ganas, que nadie me malentienda. Hubo un momento de mi vida en el que me llegué a preguntar cómo podía querer tanto a mi mejor amigo, pero nunca jamás he sentido la menor atracción sexual hacia él. No sé por qué cojones estoy explicando esto, pero bueno.

– No entiendo nada. – musitó mi madre entre dientes.

– Era infeliz. Llevo años siéndolo, pero había creado una falsa impresión de satisfacción que se ha esfumado.

– Nicolás, hijo... todos tenemos desengaños amorosos. – terció mi padre con timidez. – Salir huyendo no es la respuesta.

– Vale... – posé las palmas sobre la mesa – voy a hablar claro. Ya no aguanto más. Y creedme... incluso Hugo está a favor de este viaje.

– Pero... ¿a dónde te vas?

– La primera parada es Camboya.

Mi madre se echó a llorar. Ya tardaba.

No llegamos a un punto de entendimiento. Ellos no me entendieron, por supuesto, aunque yo sí les comprendí

a ellos. Les faltaba mucha información, pero yo no me podía permitir compartir con ellos cada uno de los detalles que me había empujado a tomar la decisión de dejarlo todo y marcharme, sobre todo porque no quería dejar a Hugo en la sensible situación de que mis padres pudieran culparlo. Posiblemente no lo hubieran hecho, pero no podía arriesgarme. Después de todo lo que había pasado no quería llevarme conmigo el lastre de un error más. A partir de aquel momento estaba solo y “solo” conllevaba hacerme cargo de mis equivocaciones sin compartir la culpa con nadie más.

Todas mis hermanas pusieron el grito en el cielo, todas excepto Marian, que era la que más información tenía. Ella me miró fijamente durante mucho tiempo, en silencio y después me llamó imbécil.

– Venga... dímelo tú también. “Tal y como está el mundo, ¿cómo has podido dejar tu trabajo para irte a recorrer el mundo?”

– No. No te lo voy a decir. Que seas imbécil no significa que no te apoye en esto. Solo me pregunto por qué cojones has tardado diez años en tomar la única decisión que te concernía solamente a ti. Ha tenido que empujarte Hugo, como siempre.

La miré con desdén y rabia... pero solo porque era verdad. Hasta allí llegaba el influjo de Hugo en mi vida. Si él no me hubiera echado de su casa yo hubiera seguido viviendo allí, con un trabajo que no me gustaba, compartiendo cuerpo con un Nico que tampoco me agradaba.

Marian se acurrucó junto a mí en el sofá de casa de mis padres.

– ¿Y qué harás a partir de ahora?

– No tengo ni la menor idea.

– ¿Tienes dinero?

– Sí. – suspiré. – Hemos vendido El Club y guardaba algunos ahorros. Tengo un buen colchón.

– ¿Por cuánto tiempo te vas?

– Pues no sé si volveré, Marian.

Se incorporó para mirarme a la cara. Tenía el ceño fruncido, como yo casi siempre. Me pregunté si aquello cambiaría mi expresión, si empezaría a sonreír más a menudo y si la gente dejaría de estorbarme tanto. Pero era raro ver a Marian tan seria; ella siempre había sido alegre y pizpireta. La echaría de menos.

– Ojalá pudieras venirte conmigo. – le dije con un hilo de voz. – Ahora siento que estoy muy solo.

Sus labios dibujaron un puchero y se agarró fuertemente a mi brazo, escondiendo la cara en mi jersey para echarse a llorar.

- Voy a echarte tanto de menos. – sollozó.
- Lloro tú por mí. – le dije acariciándole el pelo.
- ¿Estás asustado?
- Mucho.
- Entonces...
- He decidido que quiero dejar de estarlo para siempre.

El día que me marché no dejé que nadie me acompañara al aeropuerto. Allí estaba yo solo, con una mochila llena de lo esencial, cargando con un montón de recuerdos de los que tendría que ir deshaciéndome para poder vivir. Llevaba conmigo un leve rastro de rencor y de decepción, porque el Nico tranquilo, el que estaba bien sin preguntarse nada más, odiaba haberse cruzado alguna vez con Alba. Alba, el desencadenante de todo.

La última vez que estuve allí, en el aeropuerto, volvía con ella de Tailandia, con una sonrisa y sus dedos entrelazados en los míos. Hugo nos esperaba entre la gente. Entonces nuestro problema ya existía, pero siempre lo consideré como una enfermedad no mortal con la que podríamos vivir. No me planteé la posibilidad de empezar de cero. O sí, pero me dio siempre demasiado miedo. Y el miedo es un parásito que nos devora por dentro hasta que no queda nada de lo quisimos... solo desidia.

Sin ellos, sin Hugo, Alba y esa vida que imaginé para nosotros... no había miedo, porque no había futuro. Cuando pierdes todo aquello que te importa, desaparece la sensación de inseguridad o cualquier temor. Ya ha pasado. Ya no los tienes. A partir de ahí, tu vida es un folio en blanco.

Recordé entonces, mientras embarcaba en el avión, una conversación que tuve una tarde con Alba, después de que ella discutiera con Hugo por un tema laboral. Ella me dijo que se sentía perdida porque sus prioridades cambiaban según el día, que no sabía por dónde empezar. Yo le dije que aquello no era malo, que estaba en la situación perfecta para reinventarse porque aún era joven. Le recomendé que pensase en todas aquellas cosas que le apasionaban y que había dejado de lado por falta de tiempo o miedo. ¿Y qué pasa con los consejos que damos? Que muchas veces son para nosotros mismos, pero nos cuesta demasiado darnos cuenta de ello.

Una sensación de vacío me llenó el pecho en cuanto me senté en mi asiento. Miré por la ventanilla; un montón de operarios ultimaban los detalles previos al despegue. Todos sabían cuál era su papel, el paso siguiente al que emprendían en cada momento. Ellos sabían quiénes eran y lo que hacían. Ellos sabían por qué. Y yo estaba allí, huyendo de todo porque ya no me quedaba nada por lo que seguir luchando.

Eché mucho de menos a Hugo entonces, a pesar de estar dolido y decepcionado. Eché de menos despedirme de él con un abrazo, decirle cuánto le quería y lo enfadado que estaba con él por haberme echado de su vida. Todo lo que sentía por él se había convertido en una pelota informe que mezclaba sin ton ni son el cariño, el respeto y el dolor. Probablemente Alba ya le había contado que yo me marchaba y... ¿qué habría pasado entonces? Despedirme de él con un apretón frío de manos, sin mirarnos a la cara, después de diez años... Fui cruel, lo sé.

Ahora sé que fue cruel marcharme de aquella manera, sin darle la oportunidad de decir adiós a aquellos años como se merecían. Yo quería que me añorara y me olvidara, todo a la vez, sin sentido, pero tenía que habérselo dicho.

¿Qué sería de ellos entonces? ¿Qué serían? ¿Qué les traerían los años venideros? ¿Romperían? ¿Serían felices?

Cuando el avión levantó el vuelo, yo lloraba en silencio apoyado en la ventanilla, diciendo adiós a todo lo que había esperado de la vida hasta entonces. Lloré casi sin darme cuenta, desbordándome por dentro de tantas cosas que llevaba dentro, sin estridencias. Era un cúmulo de cosas que sobaban lo que me recorría la cara y que yo espantaba a manotazos. Era un crío de treinta y cuatro años cargado de pena por cosas que no sabía que le apenaban.

Antes de llegar a mi destino, no obstante, me di cuenta de que mi hermana tenía razón. Allí estaba... la única decisión que tomé para mí mismo. ¿Huía? Quizá, pero, ¿no era lo único que de pronto tenía sentido? Una huida hacia delante, cargada de recuerdos y de sueños.

Aquel fue, sin duda, el primer día del resto de mi vida.

La realidad

(Alba)

A Hugo y a mí nos costó poco tiempo darnos cuenta de que no teníamos, en realidad, ni idea de lo que significaba “tener una relación”, al menos convencional. Las que habíamos tenido antes de conocernos no servían como punto de referencia porque no había en ellas ni la milésima parte de lo que sentíamos al estar juntos. Tampoco podíamos compararnos con la que tuve con Nicolás por... por lo evidente. Pero es que además, encontré poco sentido en buscar respuestas en historias que el tiempo había puesto en su sitio (concretamente, en su sitio dentro del cubo de la basura de las relaciones terminadas). Casos de éxito, eso era lo que debíamos buscar.

Gabi me recomendó que nos lo cogiéramos con calma, que tuviéramos citas, que viajáramos, que volviéramos a preocuparnos por conocer al otro, ya que las circunstancias habían cambiado y con ellas, nosotros. Isa puso su granito de arena opinando que, quizá, podríamos intentar devolver un poco el misterio a nuestras relaciones sexuales. Después de reírme durante media hora descubrí que no se refería a disfraces, luces apagadas o antifaces. Ella quería decir que, mientras tanteábamos el “universo cita”, nos hiciéramos los difíciles. Olivia, por su parte, se rió de mí por estar intentando teorizar sobre la fórmula del éxito para una historia de amor. Tenía razón, el amor es demasiado complicado y ninguna de las variables que inciden en él pueden ser diseccionadas para dar a luz a una formulación teórica. El amor se vive con toda la intensidad de la que eres capaz. Con suerte, será para siempre. Si no... aprenderás a volver a querer mejor. Lo importante, al fin y al cabo, es no cometer los mismos errores que en el pasado.

Entonces... ¿qué hicimos nosotros? Pues lo intentamos, sobre todo después de lo que catalogamos “la gran crisis”. Planteamos citas a la americana, pero solo llegamos a la primera. Fue suficiente. Paseamos por el Madrid de los Austrias, hablando sobre los recuerdos de nuestra niñez, sobre quienes quisimos ser y quiénes éramos. Comimos en un restaurante japonés. Pensamos en ir a ver una exposición al Thyssen, pero tomamos demasiado sake y huimos a toda prisa a su piso a follar como auténticos animales, ganándonos los aplausos de los vecinos cuando terminamos. No había manera de cogérselo con calma con Hugo.

Lo que sentíamos era totalmente desmedido y lo único que podíamos hacer para procurarnos un futuro juntos era controlar aquello que convertía lo que sentíamos en una especie de mar embravecido que ahoga hasta al marino más experimentado. Si no queríamos tragar demasiada agua (ni purpurina) de ese cuento de hadas con el que nos llenábamos la boca, lo mejor sería... madurar. Justo lo más difícil.

No fue fácil, ya lo he dicho. Recuperar a Hugo del hoyo en el que se había metido él solo tras la marcha de Nico fue... como tratar de arrastrarlo en contra de su voluntad. Hugo puede decir misa, pero en aquel momento lo único que le apetecía era tirarse en el suelo hecho un ovillo y esperar que, mágicamente, todo cambiara para bien. Como si fuese tan fácil deshacerse de los recuerdos. Eso fue lo peor, los recuerdos, eso que nos recordaba constantemente que no era natural estar solos y juntos. ¿Dónde estaba Nico? Era una pregunta sin respuesta que, además, era mejor no intentar contestar. Nico estaba en todo lo que hacíamos, decíamos y sobre todo en aquellas cosas que temíamos. Poco a poco, como una vez le dije a Hugo, dejaría de doler y cuando apareciera en nuestra cabeza, sonreiríamos. Pero durante los primeros meses, lo mejor que podíamos hacer es ir despacio, vivir nuestro duelo. Él lo hizo guardando silencio porque era la única manera que conocía de enfrentarse a la pérdida.

Lo que sí hicimos fue darnos espacio. Él debía encontrar su sitio sin anclarse solamente a mí ahora que su mejor amigo no estaba. Yo debía no olvidarme a mí entre todo el maremágnum de cosas que sentía, padecía, disfrutaba, pensaba, deseaba...

¿Y qué deseaba? Pues en aquel momento, estaba bien como estaba. Al menos en lo concerniente a mi vida personal. Tenía un piso muy mono en el que me sentía en casa y donde disfrutaba de escuchar música a toda pastilla o bailar por el pasillo como si estuviera grabando un videoclip digno de Britney Spears. Tenía a mis amigas, con las que salía a tomar una copa, a cenar, con las que hojeaba revistas de cotilleo para ponernos de acuerdo en cosas “tan transcendentales” como quién había sido la mejor vestida de los Globos de Oro y con las que charlaba sobre la vida, miedos e ilusiones. Mi hermana seguía a mi lado (y al de “su cuñado el molón” al que adoraba por encima de todas las cosas de este mundo), compartiendo sus extravagancias conmigo, invadiendo mi intimidad para hacer de una aburrida tarde de domingo libro en mano, un guateque con mucho vino y confidencias. Y... tenía un novio como un sol. ¿Cómo pasar por alto ese detalle? Un novio de metro noventa, moreno, con dos ojos almendrados y pardos que le hablaban sin necesidad de palabras cuando me miraba. Un novio que me atrapaba contra la pared para besarme como un loco cuando cruzaba el umbral de su casa.

El trabajo era otra cosa, pero lo cierto es que durante mucho tiempo estuve cómoda. Tenía un buen horario que me permitía tener vida personal por las tardes, a partir de las cinco. No tenía mal sueldo, aunque sé que hubiera llegado a cobrar más de haber podido quedarme como ayudante de Hugo, pero también sé que esa situación hubiera terminado siendo completamente insostenible. Una pareja no puede trabajar codo con codo para otros. No era un negocio personal que sacar adelante... eran órdenes de terceros, éramos dos trabajadores por cuenta ajena obedeciendo, cumpliendo y rodeados, además, de dices y diretes. Quizá otras personas hubieran podido hacerlo, pero no nosotros, siendo tan pasionales como éramos.

Envidié durante mucho tiempo al nuevo ayudante de Hugo, un recién licenciado desgarbado y pelirrojo que lo miraba como si la mano de Dios bajara desde lo alto de los cielos para tocarle con su gracia divina. Yo me perdía la experiencia de trabajar con él... y sus trajes perfectos y él estaba siempre allí, a unos metros de distancia de su imponente presencia. Durante un tiempo dudé si su ayudante no estaría enamorado de él como lo estaba yo, pero después me di cuenta de que solamente era admiración... Aquel chico quería ser como Hugo cuando cumpliera los treinta y cuatro, pero supongo que para ser como Hugo... hay que ser él. Tan descarado, tan políticamente incorrecto y a la vez tan versado en lo socialmente exigido. Elegante, a veces altivo, tantas apasionado... inteligente, cariñoso y hasta romántico. Sí, romántico. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Bueno sí, algo demostró en el mirado del Rockefeller Center, pero yo pensaba que había sido una salida de tiesto, algo así como enajenación mental transitoria. Empujado por el ambiente y la magia del primer viaje compartido con una mujer a la que quería, Hugo se había vuelto medio loco y se había arrodillado para hacer una petición de mano que nunca cumpliríamos, ¿no? Porque... ¡estábamos tan bien entonces, de aquella manera!

En casa mis padres recibieron el “anuncio oficial” de nuestra relación con aparente satisfacción. Vaya por Dios, Hugo era uno de esos hombres que cumplen las expectativas de los padres de una. Delante de ellos se convertía en un gentleman de los que abren las puertas para que tú pases primero, que te llaman “cariño” con mucho impregnando su voz. Lo cierto es que, en mi humilde parecer de mujer que aún no es madre, creo que lo más importante es ver que tu hijo está con alguien a quien quiere, que es querido y, sobre todo, respetado. Y si algo hizo Hugo desde el primer día fue respetarme. A mí, a mis circunstancias y a todas las cosas que yo quería de

la vida, incluso aquellas que me negué. Como probar la cara menos convencional del amor, como enamorarme cual loca sin pensar en las consecuencias. Él dice que sucumbió para terminar viendo la vida bajo el mismo cristal que yo y de ahí a querer con locura, solo había un paso. Un “arriba las barreras”. Pero... ¿por qué no, mejor, os lo cuenta él? Yo creo que hablé demasiado. Aunque... quizá siempre quedan cosas por decir.

Como el loco que siempre fui.

(Hugo)

Supongo que no lo entiendes hasta que te pasa. Un día eres un tipo despreocupado que vive la vida como se terciá y el día siguiente alguien se cruza contigo y todo cambia. Y cuando digo “todo” digo hasta el pasado y el futuro. Porque le encuentras sentido incluso al recuerdo de tus padres bailando en el salón. Pero de eso ya hemos hablado.

No sé si algún día lograré explicar cómo sentí el hecho de que Alba apareciera en mi vida. Aquel día, cuando sonó el despertador, nada me dijo que fuera a ser diferente; nada apuntó que la vida iba a cambiarme por completo por el simple hecho de sentarme frente a ella.

Ahora sonrío al pensar que quizá puedo no creer en el destino, pero hay cierta intencionalidad en las consecuencias de los actos que emprendemos. Yo sabía que Paola no me gustaba, pero aquella noche me dejé y ella me engatusó para pasar la noche en su casa. Y pasó poca cosa, porque yo estaba cansado. Un polvo mediocre, sin estridencias ni nada significativo. Quitarnos la ropa rápido, empujar más rápido aún y vaciarme dentro de un condón mientras ella convulsionaba de placer. Bien pero...poco más.

Es posible que si no hubiera pasado la noche en brazos de alguien que no me gustaba de verdad, no hubiera caído en todo aquello que sí me gustaba, ya a primera vista, de aquella chica que se sentó frente a mí. Además... mi casa no estaba en aquella dirección. Nunca hubiera cogido aquel tren. Alba y yo nos habiéríamos conocido en la oficina y, quizá, nada hubiera sido igual. Después de Olivia, Nico y yo habíamos decidido no volver a pasar el rato con nadie del trabajo, no porque saliera fatal, sino porque demasiado bien salió; uno no suele tener tanta suerte dos veces seguidas. Solíamos bromear diciendo que el día menos pensado se lo propondríamos a la tía equivocada y terminaríamos esposados.

Me estoy enrollando. Lo único que quiero decir es que con el primer golpe de vista, Alba ya me dijo muchas cosas. Hay gente que habla con los ojos. Hay gente que te dice cuánto pueden despertar en ti con un solo pestañeo. Alba es de esas personas. Así que la miré. Miré su espeso pelo castaño oscuro y vi con deleite como ella lo mesaba entre sus dedos. Llevaba un anillo en el dedo índice, a media falange, donde se podía leer la palabra “love”. No estaba cómoda con aquel vestido, era fácil verlo. Al sentarse había estado luchando con él para que dejase ver la menor extensión posible de sus muslos. Lástima que no fuera consciente de lo increíble que era. Siempre se quejaba del tamaño de sus caderas; a veces se miraba en el espejo y con el ceño fruncido pellizcaba la carne de sus muslos y suspiraba, como si deseara despojarse de ella. Y yo pensaba... “Dios... no lo sabe. No sabe que me vuelve loco. No sabe cuánto me gusta agarrar esa carne con mis manos cuando me hace el amor.”

Pero todas esas cosas aún no las sabía. Solo vi esos ojos, redondos y grandes, mirarme de arriba abajo, inspeccionarme, analizarme. Vi sus pómulos sonrojarse cuando le hice ver que estaba al tanto de su mirada. Alba era una mujer que se creía mujer, pero que seguía tratándose a sí misma como a una cría. Ella sabía lo que quería, pero dejaba que los demás lo decidieran por ella por miedo a que su criterio no fuera lo suficientemente bueno.

Me ha preguntado muchas veces cuándo me di cuenta de que estaba enamorándome de ella. Siempre le respondo alguna sandez, porque me hace sentir débil darme cuenta de que lo supe casi en el mismo momento en el que ella se dejó caer entre mis brazos. Bueno, miento, al principio fue una puta gozada follar pensando que

aquella historia se nos olvidaría cuando dejara de ser novedad. No hablo solo de Nico y de mí; yo creía estar seguro de que ella se cansaría de nosotros y volvería a su tranquila existencia, donde encontraría a un tipo más convencional que la haría feliz. Pero una tarde, sin más, ella hizo el amor con nosotros dos, sin querernos aún... y cuando abrí los ojos y los vi abrazados, por poco no me dio un ictus. Me levanté de la cama como si las sábanas quemaran porque, si había algo peligroso en mi vida, era la amenaza de enamorarme de ella. Yo me enamoré de ella hasta las últimas consecuencias... hasta tener que elegir entre ella y Nico. La decisión más importante de mi vida.

Me enamoré de ella en cada una de sus risas, en cada comentario ácido, en cada mala contestación. Me enamoré de ella por su falta de celo, por lo poco que le gustaba hacer todo lo que yo imaginé que le gustaría. Me enamoré de ella en cada uno de esos detalles que se escaparon del esquema que me hice de ella sin a penas conocerla. Dios... era inevitable enamorarse de Alba. No creo que haya hombre en la tierra capaz de resistirse a alguien como ella. Y el que me diga que no es su tipo es porque es imbécil y no sabe ver las cosas que realmente importan.

Cuando me arrodillé en Nueva York con un anillo en la mano, lo hice loco de amor. Desde el momento en el que me admití a mí mismo estar sintiendo por ella mucho más que sexo, sucumbí, acepté perderlo todo por conseguir estar junto a Alba. Mi valquiria. Ella, tan fuerte, tan decidida. Y yo... ¡con lo que yo había sido! Si hubiera podido confiar a Nico todos estos sentimientos se hubiera reído tanto... me hubiera dicho: "te estás ablandando", contento por descubrir que, finalmente, tenía razón cuando me decía que un día encontraría a la mujer que me volviera tan imbécil como le creía a él cuando escuchaba a Lana del Rey. Pero nunca pude decirle lo mucho que la quería, lo mucho que la idolatraba, lo celoso que me ponía cuando él la hacía volar... y no con ese tufillo machista del tío inseguro que acribilla a su chica para que deje de tener amigos, para aislarla... A mí me encanta que a Alba se le acerque quien quiera acercarse, sobre todo porque a quien quiere es a mí. Y si un día deja de hacerlo... nada puedo hacer yo para cambiarlo.

Dios... me he perdido. No sé ni lo que quería decir con todo esto. Ah sí. Que si nunca le dije a Nico que me moría por ella fue porque la manera que Nico tenía de querer en nada se parecía a la mía. Él hubiera pensado que estábamos destinados a tenerla y que lo que yo sentía era el equivalente a lo que le llenaba a él al mirarla. Pero nada más lejos de la realidad, no porque crea que mi forma de querer era mejor que la suya, sino porque el tiempo nos enseñó que su forma de amarla y la mía, no eran compatibles.

Sé que él no la olvidó. Sé que difícilmente podrá hacerlo nunca, aunque vuelva a enamorarse, del mismo modo que sé que, por siempre, estaremos conectados los tres. Lo que hicimos tuvo demasiadas implicaciones, nos convirtió en versiones renovadas de nosotros mismos. Nico, allí dónde esté, también piensa en nosotros y eso, de alguna manera, me tranquiliza.

He vuelto a perderme en lo que estaba contando. Está claro que me estoy haciendo mayor y divago. Seré uno de esos padres pesados que cuentan las cosas cien veces y en cada ocasión le añaden más detalles. Ese es mi sino.

Alba. El punto de partida y la meta. El principio y el final de todos los detalles de mi vida. Se convirtió muy pronto en mi alfa y mi omega, como si yo fuera un devoto que le reza cada noche. Y eso iba en contra de mi naturaleza y de la suya. Cuando se sentó conmigo y me dijo que tenía que hacer amigos casi me reí... y digo casi porque en realidad hice todo lo contrario: me cabreé como un gilipollas. Por aquel momento la tregua con mi

“depresión post-Nico” aún era un poco endeble y yo seguía estando demasiado sensible, como si me hubieran extirpado una capa de piel y todo me escociera. Pero tenía razón. Yo no podía encadenarme a ella y volverme dependiente. No podía volver a cometer los mismos errores.

Al principio me costó. Ella era mi zona de confort y nadie conseguía hacerme sentir tan cómodo. Con nadie me reía tanto. Con nadie me sentía... yo. Volver a empezar con las relaciones sociales, como si fuera un párvulo que pregunta en el parque ¿quieres ser mi amigo?... no me pegaba mucho. Pero hice el esfuerzo. En un primer momento lo hice por ella, equivocándome total y absolutamente en el planteamiento. Me daba terror que ella se cansara de mí y se marchara y yo me quedara completamente solo. TERROR. Y no estoy habituado a esa sensación de inseguridad.

Poco a poco, con el espacio que le di a ella, fui creando el mío propio y en él empezaron a tener cabida otras personas. Eva fue de gran ayuda. Irme de cervezas con mi cuñada podía resultar extraño para los demás, pero nosotros nos lo pasábamos bien. Ella me ayudó a retomar la relación con ese colega que yo tenía en Google. Quedamos un par de veces los tres y en una de las salidas, cuando ya estaba esperándoles dentro del local con una cerveza en la mano, ella me llamó para decirme que “tenía cosas de chicas” y que no le apetecía salir de casa ni quitarse el pijama. Qué hábil, bebé. Aquella fue la primera tarde que pasé tratando de hacer amigos de verdad. Las siguientes veces fueron más sencillas. Un partido de pádel. Un remember con los colegas de la universidad. Y de pronto me descubrí haciendo planes por mi cuenta.

Cuando mi vida tuvo los suficientes personajes me di cuenta de que, pasase lo que pasase, pasáramos el tiempo que pasáramos con otras personas, Alba y yo éramos lo importante; cada minuto que compartíamos era mejor. Era... tiempo con calidad. Y pasándome por el arco del triunfo las recomendaciones de todos, un día, después de una cena en la terraza, le regalé un juego de llaves y le pedí que viniera a vivir conmigo. Al principio Alba se echó a reír, me llamó “loco del coño” y se despidió con un beso antes de subir de nuevo a su casa. Tenía una cena con sus amigas y tenía que arreglarse. Y yo me quedé mirando la puerta cerrada de mi casa con cara de pasmado. Nunca perdió la capacidad de sorprenderme. Nunca perdió la capacidad de hacer, con su manera de ser libre, que pasara mi vida tratando de alcanzarla, hacerla feliz... luchando por ella.

Pero la convencí. Con esfuerzo. Me sentía como Maquiavelo, maquinando cómo podía hacer que ella se diera cuenta de que vivir juntos sería la hostia. Perdón por la expresión, pero es que... es la verdad. Despertar todos los días teniéndola al lado, sabiendo que al llegar a casa ella estará también allí... es increíble. Le da sentido a esto del amor, que es una jodienda maligna que lo tiene a uno todo el día en vilo. Hasta que nos convencemos de que esta mierda del amor es mierda de la buena y que somos adictos para siempre.

Un día le dije esto mismo, frustrado de que mi petición hubiese caído en saco roto y ella levantó las cejas.

- Creí que estabas de coña. – me dijo con una sonrisa.
- ¿Por qué iba a bromear con vivir juntos?
- Porque siempre estás intentando chincharme con eso del cuento de hadas. – se rió abiertamente. – Pensé que estabas burlándote de mí.

Puse los ojos en blanco y ella se abrazó a mi cintura.

- ¿De verdad quieres vivir conmigo, a pesar de que soy un jodido desastre y tú el tío más cuadriculado del mundo?
- No soy cuadriculado.
- Es verdad, lo que eres es un ama de casa ejemplar.
- Vete a la mierda.

Y el día siguiente... se mudó. Ese fue, de verdad, el primer día del resto de mi vida. Y lo que vino a partir de entonces, el cuento de hadas que yo le prometí en su día y del que me burlaba cuando podía porque me hacía sentir débil y demasiado suyo.

Alba. Alba en todo su esplendor, con todas sus circunstancias, con sus despistes y sus carcajadas. Alba y su necesidad de pasar tiempo callada, leyendo en un rincón del sofá. Encontré mi espacio en el mundo, no porque ella estuviera allí, sino porque yo decidí que lo estuviera. Y ella quiso.

Parada en el camino (Nico)

A la pena le siguió la euforia. Pero una euforia un tanto desmedida. La euforia del borracho que media hora después se echará a llorar. Algo así. Porque una cosa es marcharse y otra darse cuenta del camino que queda por delante.

Verme solo en la otra punta del mundo fue liberador, pero el choque cultural aún lo fue más. Me quité de encima el Nico acostumbrado a la buena vida que le gustaba a Hugo; pensé que con ello dejaría de echarlo de menos para siempre. Decirle adiós a la persona que fui con él significaba en mi cabeza adiós a los recuerdos que nos unían. Estaba equivocado.

En Camboya todo es muy diferente a España y más cuando no hay tiempo ni relojes. No eran unas vacaciones. Era buscar una forma de vida que creí que podría encajar conmigo. Descubrí entonces cuántas cosas estamos acostumbrados a necesitar sin ser esenciales. En mi mochila llevaba unas cuantas mudas, un botiquín, dos trajes de baño, una toalla y dos o tres cosas más para no ir con pinta de náufrago loco. Eso era lo que yo necesitaba para estar bien. Mi padre me había dado, antes de salir de viaje, una navaja suiza que le trajo su hermano cuando trabajó en un pueblo alemán en la frontera entre Alemania y Suiza; le saqué bastante más partido del que me imaginaba en un primer momento. Colgando del cuello mi cámara de fotos y en su funda una tarjeta de memoria, una de crédito, mi documentación, unos cuantos billetes arrugados y poco más.

Mi ordenador portátil se había quedado con mi hermana. Mi coche, con mis padres. Los primeros días no eché nada en falta, pero con las semanas, de lo único que me acordé fue del ordenador. Me hubiera gustado tener dónde ir descargando las fotografías. Pero me quedaba aún mucho por andar.

El primer mes no hice amigos. Lo pasé solo aunque me encontré con muchos turistas españoles. Debo dar gracias a los genes de mi madre que me hacen pasar por guiri y me evitan conversaciones sobre el jamón o qué se me ha perdido a mí solo en un país asiático. Vale, soy un rancio, pero no me apetecía tener que explicar que mi mejor amigo me había echado de casa por una historia algo turbia con nuestra amante, que era ahora su novia. No creo que todo el mundo fuera a entenderlo y, además, a nadie más que a mí le interesaban los motivos que me habían empujado a emprender aquel viaje.

Recorrí Camboya y cuando me cansé, crucé la frontera a Tailandia, pero me trajo demasiadas alusiones al pasado y tras visitar el norte con la intención de crear nuevos recuerdos que asociar al país y no acordarme de ella, me di por vencido y me marché a Laos, donde estuve un largo mes antes de pasar a Vietnam.

Vietnam cambió mi vida. Y no por la cantidad ingente de fotos que pude hacer a sus campos de arroz, a la vasta vegetación que cubre buena parte del país o a sus mercados. Me cambió la vida conocer a Chris; quizá el destino nos lo tenía preparado. Chris había nacido y crecido en un buen barrio de Los Ángeles, pero se había cansado de la opulencia y de las obligaciones de ser “hijo de” y estaba dando la vuelta al mundo con... su cámara. Bendita casualidad que nos hizo entablar conversación.

Coincidimos en China Beach, la playa elegida por los soldados norteamericanos en la década de los 70 para

el desembarco de las tropas. Los dos estábamos tratando de hacer la foto perfecta. La luz era increíble y se reflejaba en el agua del mar, cristalina. Una de las cosas más bonitas que he visto en mi vida... entre las que estaba Alba jadeando mientras se recuperaba de un orgasmo sobre mi pecho. Pero debía olvidar aquellas cosas, porque no volverían.

Disparé desde diferentes ángulos y cuando miré la pantalla de mi cámara vi una foto de la que estaré orgulloso el resto de mi vida.

Chris se movía nervioso por allí, con el ceño fruncido y expresión frustrada; no le conocía de nada pero de pronto me nació ser amable. Llamé su atención y le dije que desde el ángulo en el que yo estaba el encuadre era bueno. Se acercó, me preguntó si podía ver mi foto y cuando se la enseñé me dijo que era una fotografía de portada. Nos presentamos, nos dimos la mano y me preguntó para qué revista trabajaba.

- Ojalá. Estoy...
- ¿Muy lejos de casa?
- Bastante. ¿Para qué revista trabajas tú?
- Para Traveller.

Abrí la boca para contestar, pero me quedé boqueando como un imbécil. Trabajar como fotógrafo freelance para una revista de viajes era uno de los sueños de mi vida, pero por aquel entonces ni siquiera había dado nombre a lo que deseaba conseguir. El primer escalón del sueño de mi vida, me dije. El último sería la revista Time.

Chris hizo un par de fotos pero la luz había cambiado muy rápidamente y, aunque eran bonitas, no quedó satisfecho.

Me preguntó si tenía alojamiento cerrado para aquella noche. Yo tenía una habitación en un hostel en Da Nang, el Lucky Star, que no era una maravilla pero estaba limpio y si te quedabas más de cuatro noches te hacían precio especial por debajo de los dos dígitos al cambio a euros. Le gustó el plan y me acompañó.

Aquella noche tomamos cervezas muy frías y un par de sándwiches en un local que se llamaba On the Radio Bar, lleno hasta los topes de jovencitos de la zona. Buena música y bastante jaleo, pero se estaba a gusto. Y me sorprendí también estando cómodo con Chris, aunque lo achiqué a los meses solo. Hablamos sobre fotografía, sobre nuestros viajes. Tomamos otra ronda de cerveza. Me confesó que su padre le ayudó mucho al principio y que gracias a él colaboraba en Traveller. Seguimos bebiendo, esta vez algo un poco más fuerte. Le conté, un poco achispado por el alcohol, que el sentido de aquel viaje era buscarme a mí mismo y él contestó que todos estábamos allí para eso. Brindamos por la búsqueda y por encontrarnos. Otro trago. Pronto tocamos temas más personales; ellas. ELLAS. A Chris una bonita chica rusa le había partido el corazón dos meses atrás. Lo dejó porque le dijo que no podía darle la vida que ella quería; él nunca le confesó que su padre estaba forrado y ahora se alegraba con amargura de no haberlo hecho. Yo hablé de Alba. Me escoció la boca en cuanto lo hice y me dolió el pecho. Le dije que Alba era la chica más guapa que me había encontrado en mi vida, pero que no

era eso lo que me había empujado a enamorarme de ella. Esa manera de discutirle a la propia vida el sentido de la misma. Eso... ese carácter a veces un poco adolescente. Yo le prometí que la seguiría a través de la muerte si hacía falta y ella había elegido otro camino que no me tenía en él.

- ¿Qué fue mal? – preguntó Chris.
- Que la quisimos tanto que nos olvidamos de hacer las cosas bien. – respondí.
- ¿Quiénes la quisisteis?

Hugo. Mi hermano. El hermano que yo había elegido porque la naturaleza no me había dado. Qué pena... Me levanté de la mesa y trastabillé. Estaba borracho. Hacía mucho tiempo que no lo estaba y no recordaba la horrible sensación de vaivén dentro del cuerpo y la cabeza, la fuerza con la que te golpea la melancolía y lo inmensas que se vuelven las penas cuando bebes. Chris entendió que había tocado una herida y no preguntó más. Me ofreció un cigarrillo, que acepté y nos sentamos en la calle, en un bordillo, a espabilarnos un poco antes de volver al hostel.

- ¿Sabes? Todo pasa por algo.

Yo ya lo sabía, pero odiaba que las cosas hubieran sucedido como lo hicieron. Me odiaba a mí, odiaba a Hugo y hasta a ella a pesar de que no la culpaba. Imaginé cómo sería haber emprendido aquella aventura teniéndolos a mi lado de la forma que fuera y algo dentro de mí se rompió cuando me di cuenta de cuánto lo deseaba. Llevaba dos meses fuera de casa y aún no había sabido poner nombre a aquella sensación de vacío que me ahogaba cuando llamaba a casa para decir que estaba bien. Esa sensación, amigos, no era otra que la necesidad de marcar el móvil de Hugo y contarle que todo aquello era increíble, hacerle partícipe de mi viaje, de mi decisión y decirle que aunque era demasiado marqués como para disfrutar de un país con tantos contrastes, el mar allí era de un color tan azul que tenía que verlo con sus propios ojos. Y al despedirme... confesarle que le echaba de menos. Pedirle que le diera un beso a Alba de mi parte, pero que lo hiciera como a ella le gustaba, despacio, sin prisa.

Cuando Chris y yo nos separamos en el pasillo del hotel tuve que correr hasta mi habitación. Él creyó que iba a vomitar, pero lo que hice fue llorar como un crío y maldecir. Maldecir sin sentido.

El día siguiente me despertó un golpeteo en la puerta de mi habitación y una resaca del infierno. Abrí mientras controlaba las náuseas y allí estaba mi nuevo amigo, con pinta de haber dormido doce horas y una sonrisa en la boca.

- Come on, Nick. – se burló al verme tan hecho polvo.

Entró en el dormitorio sin ser invitado, cargado con un portátil que enchufó y conectó a internet gracias al Wifi gratuito.

- ¿Qué haces? – me quejé.

– Darte el empujón que te falta. Dame tu tarjeta de memoria. Vas a publicar tu primera foto con Traveller.

Por qué lo hizo, es un misterio. Pero lo hizo. Me abrió las puertas de par en par no solo de un trabajo, sino de él mismo.

Viajamos juntos durante dos meses más. Recorrimos Malasia, Indonesia y Nueva Guinea antes de despedirnos. Él debía volver a Estados Unidos para la boda de su hermana pequeña y yo me iba a China sin saber muy bien si no me perdería entre tanta cosa que ver y fotografiar. Yo no tenía móvil, así que hicimos una promesa un tanto loca: nos veríamos el 3 de julio, sí o sí, en un restaurante de Cuzco, Perú, desde donde partiríamos para subir a Machu Picchu juntos. Eran muchos kilómetros y ninguno de los dos tenía la seguridad de que el otro fuera a presentarse, pero después de tres largas semanas recorriendo China, encontré un vuelo a Lima por menos de mil euros y... lo cogí.

Llamé entonces a casa, desde el aeropuerto de Pekín, para informarles de que estaba a punto de cambiar de continente y que todo iba bien. Me contestó mi madre. Llevábamos dos semanas sin hablar y, aunque sé lo mucho que le costaba habituarse a mi nueva situación, la noté contenta, como siempre, pero quizá algo callada. No llevaríamos ni dos minutos hablando cuando me dijo que Hugo había ido a visitarlos.

– Vino con una chica. No me hagas mucho caso, pero me dio la sensación de que ella le empujó a venir. Estaba hecho polvo, Nico. ¿De verdad que no pasó nada?

– Tengo que colgar. Un beso, mamá. Os quiero. – contesté.

Y corté la llamada sin darle la oportunidad de contestar. Allí tenía la respuesta. Estaba hecho polvo. Estaba destrozado. La parte adolescente que quedaba en mí se alegró de que me añorara tanto; la madura se sintió satisfecha al saber que Alba seguía siendo quien fue y en quién tanto confié. Cuidaría bien de él. Cuidarían bien del otro.

El vuelo fue largo con dos escalas absurdas en Frankfurt y en Panamá City. En total, 45 horas y 50 minutos de viaje, agotadoras y casi insufribles, porque en lugar de preguntarle a mi madre por lo que había hablado con ellos, me negué a escuchar nada más que su nombre. Y esa sombra me acompañó hasta el mismo Cuzco.

Me hospedé en La posada del Intipata y esperé el día 3 de julio a que Chris apareciera, sin saber si realmente lo haría. Ese día, después de haber recorrido la ciudad con mi cámara bajo un sol abrasador, me senté en el restaurante Calle del medio y... aguardé. Creo que siempre supe que vendría. O quise saberlo, no lo sé. En aquel momento no supe verlo, pero tenía la palpitante necesidad de conocer a alguien que me hiciera sentir que no estaba solo, que podría volver a confiar en otra persona. Quería otro Hugo, pero sin nuestro pasado como lastre, aunque lo llevara tatuado dentro.

Chris apareció por allí a las cuatro y media. Miró su reloj, se sentó a mi lado y sin abrazos ni reencuentros melodramáticos, me dijo que iba a tomarse una copa, aunque faltaran treinta minutos para las cinco. Sonreímos y nos palmeamos la espalda. Después... planeamos los siguientes pasos.

Aquella noche nos pasamos de Pisco Sour en una taberna y nos pusimos muy tontos. Había una pareja de ami-

gas americanas unas mesas más allá; dos rubias con buenos pechos que no nos quitaron los ojos de encima hasta que Chris las invitó a sentarse con nosotros. Eran guapas... no recuerdo sus nombres. Habían emprendido aquel viaje tras graduarse en la universidad; eran ofensivamente jóvenes, pero ya tenían edad de votar, bromeó Chris. Estaba claro hacia dónde iba la velada y yo pasé un buen rato debatiéndome entre dejarme llevar y echar un polvo o volver a mi habitación y dormir. Al final... el alcohol y la soledad eligieron por mí y cuando quise darme cuenta, una chica de veintidós años se desnudaba a toda prisa en mi habitación.

Encontré un condón entre mis cosas... y ni siquiera recordé haberlo puesto allí. Cuando hice las maletas para marcharme en lo que menos pensaba era en follar, claro está. Pero esas cosas no se buscan, te encuentran.

Fue rápido. Quince minutos de empellones entre sus piernas mientras ella me clavaba las uñas en la espalda y gemía ruidosamente. Me dijo que nunca había follado con alguien tan guapo y me dio la risa. A ella también. Mantuve los ojos cerrados buena parte del asalto, no porque pensara en otra persona y quisiera recrear su cara dentro de mi cabeza, si no porque quería abandonarme a la sensación de estar de nuevo piel con piel con una mujer. Era agradable, suave, excitante... Cuando me corrí lo hice violentamente, vaciándome en el condón de una manera brutal que me revolvió el cuerpo entero.

Compartimos un cigarrillo después, tirados en la cama, desnudos y con la ventana abierta. Me preguntó si podía quedarse a dormir conmigo y yo le dije que sí, que no eran horas de andar sola por la calle.

Me gustó que no buscara mimos, que supiera qué era aquello y qué no esperar de mí. Fue honesta y divertida. Nos quedamos hablando hasta tarde, aunque casi todo lo dijo ella. A veces sentía que había estudiado demasiado y vivido poco durante sus años de universidad y parte del impulso para hacer aquel viaje había nacido de la necesidad de no creer, años después, que había desaprovechado los mejores años. Yo sonreí, torciendo mi boca cerrada hacia un lado, mientras miraba el techo.

– ¿De qué te ríes? – me preguntó incorporándose sobre uno de sus codos.

– Ah, nada... es que, esos no son los mejores años. Son solo los primeros...

Después de aquello volvimos a acostarnos. Ella llevaba otro condón en el monedero. Lo hicimos con ella encima y en ese momento sí recordé a Alba. Cuando Alba y yo hacíamos el amor y se colocaba a horcajadas sobre mí, sus pechos se movían de una manera deliciosa y demencial. Y yo la veneraba. Nunca volvería a sentir aquello por nadie durante el sexo, me dije. A partir de aquel momento, el sexo sería solo una carrera en busca del orgasmo, no la ascensión hacia la catarsis más liberadora.

Se marchó por la mañana y Chris y yo volvimos a encontrarnos en el mismo restaurante que la tarde anterior. Vivir sin móviles era una gozada... como volver a los despreocupados doce años. Cuando me senté a su lado y pedí un café en la barra él me palmeó fuertemente la espalda.

– ¿A ti se te dio la noche igual de bien que a mí?

Yo me eché a reír. No me gustaba fanfarronear de mis conquistas. Siempre he creído que el sexo solo incumbe a las personas que lo gozan y a nadie más. Por eso no creo en juzgar a nadie por lo que hace en la cama.

– Era bonita. – dijo Chris en tono soñador. – Y dulce.

– Sí, eran muy majas. Bueno, he estado mirando lo que hablamos ayer y yo creo que no sale tan caro un vuelo en avioneta...

Él me miró como si no supiera de qué diablos estaba hablando.

– Subir a Machu Picchu. – le recordé con una sonrisa. – ¿Sabes de lo que hablo o el sexo te borra la memoria?

– Cada vez que me acuesto con una chica me enamoro de ella durante horas. Después se me pasa. – se encogió de hombros. – Pero ahora no puedo pensar en otra cosa. ¿No te pasa lo mismo?

– No.

Abrí mi cuaderno de viaje y anoté un par de cosas, dejándolo con su ensoñación, pero él seguía mirándome fijamente.

– Nick... – siempre me llamaba Nick aunque yo lo odiara.

– Dime.

– Déjame tener contigo una conversación trascendental. – me rodeó el hombro con un brazo en un gesto de camaradería masculina – El amor es aquí y ahora, no ayer ni mañana.

Me quedé pensando en ello pero aunque no estaba de acuerdo, no quise discutirle. El amor nos cambia, de eso estaba seguro. Nos cambia por dentro, el alma misma. Si logramos volver a amar, lo haremos con parte de lo que quisimos en el pasado. Amando a una mujer, seguimos amando a la primera. El amor se acumula dentro de nosotros y, si no vuelves a sentirlo jamás, se enquista y duele.

Creo que él adivinó el tono de mis pensamientos porque, con una sonrisa me preguntó qué era lo que me daba miedo.

– No volver a sentirlo.

– ¿El qué?

– Ese... golpe. El golpe que sientes por dentro cuando conectas con alguien.

– ¿En lo sexual?

– No... en lo... primitivo.

Chris puso los ojos en blanco y después suspiró.

– Deja de pensar tanto. Un día... sucederá. Dará igual lo demás.

Le di muchas vueltas a aquello. Quizá era lo que había pasado entre ellos. Un día sucedió y todo lo demás dio igual, incluido yo. ¿Podía yo echarles en cara algo? Porque por lo poco que sabía del amor, uno elige hasta cierto punto. Tengo una idea muy romántica del amor, lo sé, pero creo que cuando te alcanza es como sentirse golpeado una y otra vez por el oleaje. Terminas cediendo y moviéndote hacia donde dictan esas olas, sin más. Entonces... ¿por qué estaba tan enfadado?

La primera vez

(Alba)

La primera vez que Hugo mencionó el nombre de Nico después de todo lo acontecido, fue una noche de julio. Estábamos en el salón de casa ojeando revistas y catálogos de viajes, intentando ponernos de acuerdo en dónde pasar parte de nuestras vacaciones. Yo iba señalando con post-it fosforescentes las cosas que me apetecían según un código de colores. Después Hugo revisaba lo que me había llamado la atención y expresaba su opinión.

– Ni de coña – decía riéndose y pasaba al siguiente – ni de puta coña. ¿Estás borracha?

Yo lo flagelaba con mi mirada, queriendo estrangularlo y besarlo a la vez.

De pronto lo vi erguirse con un folleto entre las manos. Los ojos clavados en sus páginas, pero él muy lejos de aquel salón. Me quedé mirándole. En las páginas que sostenía se podía leer: “Circuito ‘China Milenaria’ en 18 días”.

– Si dices que sí a ir a China es que el que está borracho eres tú. – me burlé.

Pestañeó y arrancó los ojos del papel para mirarme a mí a la cara.

– ¿Dónde estará?

– ¿China? Pues la última vez que supe de ella seguía teniendo frontera con Mongolia y Corea del Norte.

Hugo chasqueó la lengua contra el paladar y levantándose del sofá se encaminó hacia la cocina.

– Me refería a Nico. Seguramente esté en alguno de esos países.

No supe qué contestar. Tenía miedo a decir algo y que se callara; suponía que no sacaba a Nico por primera vez a colación por una cuestión de casualidad, si no por oportunidad. Los viajes le habían dado el pie perfecto para expresar su ansiedad... algo de lo que nunca hablaba pero que a diario le dolía.

Lo vi aparecer de nuevo con un botellín de cerveza en la mano, jugueteando con él entre sus dedos. Se apoyó en la barra que separaba la cocina del salón y siguió hablando.

– A veces se me ocurre pensar que se ha convertido en una especie de ermitaño sin afeitarse. A estas alturas debe haber visitado ya... no sé, ¿seis, siete países? Tenía mucha hambre de ver mundo. Siempre pareció tener fe en encontrar algo especial fuera de aquí. Y yo siempre le decía que lo de fuera nos atrae por eso mismo... porque está lejos.

Hubo un silencio. Hugo miró el botellín de cerveza, como si no recordara haberlo cogido del frigorífico y después tragó; vi su nuez de adán subir y bajar con dificultad. Eran palabras, sentimientos, miedos lo que tragaba, no saliva.

- Hugo... – musité.
- ¿Crees que volverá?
- No. – dije convencida.
- Ya... yo tampoco creo que lo haga. Terminará siendo profesor de español en Rusia o algo así. Algo excéntrico. Algo... auténtico. Algo muy él.
- Es normal que lo echés de menos. Él también te añorará a ti, me juego una mano.

Me contestó el silencio y los pasos de Hugo metiéndose de nuevo en la cocina, hasta donde no le seguí. Necesitaba unos minutos. No era posible abrirse en canal de cero a cien en un minuto. Si había necesitado cinco meses para nombrarle, aún quedaba mucho tiempo por delante para poder compartir lo que sentía sobre el hecho de que su mejor amigo se hubiera marchado.

“Que su mejor amigo se hubiera marchado” no es exacto, lo sé. Su mejor amigo se marchó porque él lo echó de su casa y cortó el hilo de todo lo que les unía. Y no lo hizo solo por mí; yo fui la punta del iceberg. Y es que, si hay dos protagonistas en esta historia, son ellos dos. Ellos dos y su relación, a veces insana, intensa o poco convencional, pero al fin y al cabo, suya.

No le dije nada porque no quería que sufriera, pero días después, cuando llamé a Marian para pasar juntas “una tarde de chicas” (que es el eufemismo que sustituye: “emborracharnos con cócteles caros hasta dar vergüenza y que la cara se nos derrita y los ojos se escurran hacia abajo”) lo hice con una intención oculta: preguntarle por Nico. Yo sabía que todo iba bien, porque así es la vida: las malas noticias llegan enseguida. Me hice el ánimo a preguntar cuando ya llevábamos dos sex on the beach por cabeza. La miré, sonreí y, sencillamente, pregunté:

- ¿Cómo le va?

Ella me contestó a la sonrisa y después desvió los ojos hasta los tatuajes de sus brazos, que repasó con la yema de su dedo índice.

- Llama poco. La última vez que lo hizo estaba en Pekín, a punto de coger un vuelo con destino a Lima. Bueno, con destino a Lima después de un par de escalas infernales. Ahora va de mochilero. – se rió entre dientes. – Mamá me dijo que sonaba contento...

- ¿Pero?
- ¿Cómo? – volvió a mirarme con sus dos ojos grises exactos a los de él y algo se me encogió por dentro.
- Tu madre te dijo que sonaba contento pero...
- Pero dejó de estarlo cuando le mencionaron a Hugo. – chasqueó la lengua. – Mi madre está preocupada por si ellos dos no se hablan. Ya le he dicho que no pasa nada, pero dice que hasta que no los vea juntos otra

vez tiene el corazón encogido.

– Ya lo sabe. – sonreí. – No es tonta. Lo que quiere son los detalles.

Marian sonrió.

– ¿Sabes? A pesar de que le echo mucho de menos, no quiero que vuelva.

Eso me sorprendió y esperé su explicación con las cejas arqueadas.

– No me malinterpretes... quiero verlo, pero que venga de visita. Lo mejor que le puede pasar es encontrar algo que le dé de comer antes de que se le acabe la pasta que tenía ahorrada y que nunca vuelva a considerar esto su casa. Ya te lo dije una vez, Alba... mi hermano es como un pajarillo – sonrió al hacer aquel símil – y volar es la única buena vida que conoce.

Pensé mucho en él. Por supuesto, nunca dejé de hacerlo. Nico formaba parte de una parte de mí, una que estaba muy honda. No era un ex novio ni un amigo que se había marchado lejos. Era algo a lo que no podía darle nombre, porque quizá ni siquiera lo tenía. Lo imaginaba con unos vaqueros rotos en las rodillas y una camiseta blanca mirando hacia el mar, sentado en cualquier parte sin importarle mancharse de tierra o arena. Lo imaginaba con la misma expresión que pude ver en su cara durante nuestro viaje a Tailandia. Y no mentiré... si lo imaginaba haciendo sonreír a alguna otra chica, hablándole a media voz como hizo conmigo en su día, una punzada de celos me atravesaba. Celos infantiles y egoístas, pero naturales. Nico es alguien sumamente especial y lo único que yo quería era que fuera feliz, pero me ponía enferma pensar que lo fuera lejos de nosotros. No, no eran celos convencionales. Era envidia de todas aquellas personas que pasaran a formar parte de su vida a partir de entonces, mientras nuestro recuerdo iba desvaneciéndose con cada nueva experiencia que vivía.

Hugo y yo pasamos, finalmente, parte de nuestras vacaciones en Grecia. El único destino en el que conseguimos ponernos de acuerdo. Fue increíble y volví con la sensación de que quería seguir conociendo mundo con él, dejando una miga de pan hecha de recuerdos nuestros, en cada sitio que pisáramos. Puede sonar ñoño, pero cuando pensaba que ya no podía ser más feliz, algo lo contradecía y Hugo y yo entrábamos en otra fase de nuestra relación, más madura, más intensa o, sencillamente, más tranquila. Y cuando me abrazaba a él por las noches, sonreía. Esa sensación... es tan reconfortante. El amor no tiene por qué ser tortuoso y difícil para ser parte de un cuento de hadas... lo aprendes con el tiempo.

Aterrizamos de vuelta en Barcelona. Nos había salido más barato partir y volver allí, incluyendo el trayecto en AVE desde Madrid, que volar desde la capital. Y para hacerlo un poco más especial, decidimos hacer noche allí y reservar mesa en Els quatre gats, uno de esos restaurantes con historia de la Ciudad Condal. Nos dieron mesa arriba, en esa especie de balaustrada que rodea el salón principal. Hugo estaba muy cariñoso y no dejaba de mirarme.

– ¿Se puede saber qué miras tanto? – le pregunté entre risas.

– A ti. Al amor de mi vida.

Hay que ser muy dura para que escuchar algo así no te haga especial ilusión, así que supongo que aunque disimulé, la sonrisita tonta de enamorada se me asomó a los labios.

Hugo parecía estar nervioso, no obstante. Como si después de tantos días juntos, disfrutando de las playas y del sol griegos, aún le quedaran muchas cosas por decir. Algo que confesar. No le dije nada porque lo conozco y sé que sentirse presionado no favorece su don de palabra. Pero cuando ya tomábamos el café, apartó las tazas, me cogió de la mano y trenzando sus dedos con los míos, empezó a hablar:

– A veces me cuesta un poco darle forma de palabra a todas las cosas que siento por ti y me queda la duda de si sabrás en realidad lo que significas en mi vida. Te veo a mi lado en la cama, cada mañana y da igual que no tengamos cinco minutos para perder en abrazarnos, solo la manera en la que me sonríes... Alba, mi vida... yo debí hacer algo bien para tenerte a mi lado.

– No digas esas cosas, que me pongo roja y tonta. – me avergoncé.

– No, déjame hablar. Te quiero. ¿Lo sabes?

– Claro.

– Pero... ¿sabes lo que significa que te quiera?

– Supongo.

– Quiero ser mejor para ti, quiero darte una vida llena y feliz, quiero que seamos padres para compartir con alguien más lo mucho que nos queremos. Quiero hacerme viejo a tu lado. Quiero aprenderme cada rincón de tu cuerpo, quiero que nunca dejes de mirarme como lo haces. Quiero encontrarme en tus ojos y quiero que no concibamos la vida sin tener al otro al lado. Quiero que nos vaya bien y que los años lo mejoren todo.

Sonreí y apreté sus dedos entre los míos.

– Yo también te quiero. Mucho.

– ¿Sabes cómo suelen terminar los cuentos de hadas, Alba?

– Sí. – sonreí. – Con boda.

– ¿Y sabes lo que quiero pedirte?

– ¿Vas a hacerlo con un anillo?

– Eh... – su duda me sirvió para echarme a reír a carcajadas.

– Vuelve a intentarlo cuando vengas preparado, pequeño padawan.

Hugo me miró con los ojos abiertos de par en par y después dibujó una sonrisa.

- Eres mala. Te prometo un anillo más grande, más brillante y más caro.
- No, gracias.

Y ambos estrechamos nuestras manos sobre a mesa.

Cuando salimos del restaurante, y a pesar de que Hugo me rodeó los hombros con su brazo, lo noté distante. Era una noche clara y calurosa de verano y el cielo se veía estrellado a pesar de las luces de la ciudad. Fuimos andando por las Ramblas en dirección a Plaza Cataluña en silencio, hasta que, cerca de nuestro hotel, paré y le pregunté si todo iba bien.

- Dime una cosa... - me preguntó sin mirarme - ¿Es por el anillo o en realidad...?
- Hugo... - cogí su cara con suavidad y le obligué a mirarme. - No es nuestro momento. Quizá este cuento no termina como los demás. No me gusta hacer las cosas porque toque hacerlas.
- Pero yo quiero pasar el resto de mi vida contigo.
- ¿Y quién te lo va a impedir?

Hugo sonrió y me besó sobre el pelo.

- Ay, piernas... eres la jodida horma de mi zapato.

Cuando un “no” es el “sí” más grande de tu vida

(Hugo)

Cuando uno planea pedirle matrimonio a la mujer de su vida, siempre imagina que dirá que sí. Sobre todo cuando vive con ella y ha superado la crisis más grande habida y por haber. Uno cree que ella sonreirá y con los ojos húmedos de emoción, dirá que sí. Después vendrán los besos, el sexo brutal y los preparativos. Pero supongo que son cosas que pasan cuando ella no es Alba, a la que le encanta llevar la contraria por deporte.

Ella me dijo que no. NO. Un no enorme y firme que me dejó debatiéndome entre la tristeza y la emoción de que mi chica siguiera siendo capaz de sorprenderme. Pensé que debía haber cuidado los detalles, haber comprado un anillo mejor que el de mi primera pedida de mano y memorizado un discurso también mejor. Después me di cuenta de que nada hubiera servido porque lo que Alba no quería no era pasar la vida conmigo, sino seguir la corriente de lo que los demás pensaban que era lo normal para nosotros en aquel momento. Desde que se salió de la rueda de lo socialmente convenido, desde que dio la espalda a todas aquellas cosas que los demás querían para ella pero ella no quería para sí, era difícil imaginar qué la haría feliz y... eso era lo mejor y más grande. Una relación realmente buena nos exige el 100% de nosotros en cada minuto que se comparte. No había inercia allí. No había nada que no quisiéramos que estuviese y eso, después de la decepción de escuchar un no, me tranquilizó.

Creo, no obstante, que había algo más detrás de aquella negativa. Alba es una mujer muy sabia aunque en ocasiones no se dé cuenta de cuánto debemos aprender los demás de ella. Y es que cuando dijo no, dijo mucho más. Dijo que no debíamos ir deprisa ahora que estábamos superando la ausencia de Nico, al que no olvidábamos ni ella ni yo durante un segundo. Dijo que debíamos disfrutar de cada época, de cada etapa. Dijo que vivir conmigo la llenaba lo suficiente como para que una boda no tuviera cabida ahora mismo en su vida. Dijo que me quería como le daba la gana quererme, no como los demás dijeran que debía hacerlo.

Así que aquella noche, cuando hicimos el amor, lo hicimos celebrando un “no”, como si hubiera dicho “sí”, porque en realidad lo mismo daba. Ella seguía estando en mi vida. Yo seguía acostándome y levantándome a su lado. Seguía escuchando su música francesa los sábados por la mañana cuando, después de desayunar, nos obligábamos a poner un poco de orden en la casa.

Lo cierto es que aquellos meses fueron buenos. Muy buenos. No compartir despacho en nuestro trabajo nos quitó mucho tiempo juntos, pero nos convirtió en una pareja real; ya no había temas de trabajo que partieran nuestra vida en “director comercial/ayudante” y “Hugo/Alba”. Perdimos minutos juntos, pero mejoramos la calidad de aquellos que sí compartíamos.

Eva y yo seguimos siendo uña y carne. Tanto fue así que le ofrecí el piso en el que Alba había vivido, por si le apetecía independizarse. Cuando Alba se enteró del precio al que pretendía alquilárselo, se negó en rotundo.

– Si le ponemos las cosas tan fáciles no tendrá por qué esforzarse, Hugo. ¿Quieres eso para Eva?

Y no, no lo quería, pero bebé nos dio una lección a los dos diciendo que merecíamos una intimidad que tenerla viviendo en el mismo bloque no iba a permitirnos. Como “premio”, decidimos que la habitación que había sido de Nico podría ser suya siempre que quisiera venir a vernos. Y aprovechando la tesitura, llamé al decorador que

había diseñado la reforma de la casa y le dije que cambiara lo más que pudiera aquel dormitorio. La excusa de hacerlo más femenino para que Eva se sintiera como en casa era... pues eso, una excusa. El problema era que tenerlo tal y cómo lo dejó Nico me producía un dolor incómodo dentro. No sabría decir qué era lo que me dolía, pero lo hacía y muy fuertemente. Era algo cogido con uñas y dientes a mis adentros, arañando y mordiendo, estrangulándome la respiración cada vez que lo recordaba.

Lo confieso... a veces, cuando Alba no estaba en casa, entraba en la habitación y me sentaba en la cama, de cara a la puerta. No quería mirar las estanterías vacías de sus libros. No quería ver el cuadro de Keith P. Rein que elegí solo para provocar a Nico. Cuando le dije al decorador que tenía que integrarlo allí me miró con el ceño fruncido y una sonrisa en los labios.

– ¿Estás seguro? – me preguntó.

Yo me reí. Claro que lo estaba. Sabía la cara que podría Nico cuando se lo encontrara colgando de la pared de su dormitorio; fue exactamente como lo imaginé. Entró, paseó, se paró frente a la pintura, dio un saltito asustado y después me miró a mí, que me descojonaba agarrado al marco de la puerta.

– La madre que te parió. – musitó mientras una sonrisa iba ensanchándose en su boca. – ¿Tú sabes lo que van a pensar de mí las tías que entren aquí?

– Que eres un depravado... que al final es la verdad.

Y sentado sobre la esquina de su cama, era como si pudiera vernos de nuevo allí. Pero hasta en los recuerdos en los que Alba no existía... estaba allí. Ya no podía recordar a Nico sin pensar en Alba y en todo lo que ocurrió.

Pensaba que al deshacerme del aspecto que tuvo aquella habitación cuando Nico vivía conmigo, me desharía de aquel peso muerto sobre la espalda, pero lo cierto es que cuando la vi vacía, por poco no me morí. Me arrepentí de aquello cada día que pasó hasta que se convirtió en el vestidor de Alba... pero esa es otra historia, una que habla sobre cómo las cosas que vamos viviendo renombran espacios y los llenan de cosas más nuestras que el pasado. Se puede escribir por encima de cosas que pasaron. Yo lo he hecho. Pero mi pregunta... mi constante pregunta era... ¿había podido hacerlo él?

Al final, tratar de borrarlo fue peor. Fue algo que me costó mucho tiempo entender; aquella pérdida era un proceso de duelo. Nico no estaba muerto, pero estaba fuera de mi vida y no iba a funcionar tratar de ignorar ese hecho o borrar cada recuerdo de él, porque mentirse a uno mismo no tiene sentido: seguimos sabiendo cuál es la respuesta correcta aunque nos convenzamos de lo contrario.

Así que hice, poco a poco, lo único que entendí que me haría bien: honrar nuestros recuerdos. Desbloquear de mi cabeza su nombre y que mi mente no deslizara convenientemente hacia otro lado todo lo que lo llevase a él implícito, al principio dolió. Mucho. Pero un día, sencillamente, comprendí que no me gustaría que él olvidara todo lo concerniente a mí y a los últimos diez años de nuestra vida, porque esos recuerdos no eran solamente eso... eran la base sobre la que habíamos crecido y construido las personas que éramos.

Poco a poco la vida fue avanzando. Y una noche, porque sí, me descubrí sonriendo con la certeza de que, es-

tuviera donde estuviera, un día Nico se enamoraría de nuevo y, aunque nosotros nunca nos borraríamos de su mente, construiría de nuevo a la persona que podría hacerle feliz hasta el final de sus días: él mismo. Nico... viajando. Y yo feliz por haberle hecho el suficiente daño como para que se lanzara a conseguir su sueño. Así sí, Hugo. Así, sí.

El viaje definitivo

(Nico)

Perdí la cuenta de los países que llevaba pisados y de las zapatillas que tuve que tirar porque había terminado por destrozarse sus suelas. Caminante no hay camino, se hace camino al andar, dijo Antonio Machado. Cuánta razón... lo que no había comprendido hasta entonces era que no solo había un camino físico para ser recorrido y descubierto por nuestros propios pasos, sino uno dentro de cada uno de nosotros, hasta la pura sinceridad de saber quién eres, qué quieres y a dónde quieres llegar.

A Perú le siguieron Bolivia, Chile, Argentina... y creo que, si bien es cierto que es imposible que un viajero pueda olvidar ninguna de sus aventuras, mi paso por Tierra de Fuego se quedará, por siempre, grabado en mí. Siempre pensé que era una persona de lugares cálidos, quizá porque nunca lo fui yo mismo en exceso, pero perderme en el paisaje helado, la soledad del hielo... no se puede comparar con nada.

Chris no me acompañó hasta allí; gracias a toda esa gente que conoció en sus múltiples viajes, le surgió un trabajo en Japón para el que tuvo que salir a toda prisa. Quedamos en vernos unos meses después. Solo tenía que mandarle un correo electrónico y él me daría la pista de dónde encontrarnos. Japón... sonaba bien.

Después de recorrer el archipiélago de Tierra de Fuego, me perdí en Argentina durante bastante tiempo. Allí creo que me encontré. Me encontré más en paz, quiero decir. Llevaba ya tiempo conociendo a la persona con la que convivía en mi cuerpo pero que había tenido escondida y coaccionada en mi interior. Allí nos hicimos definitivamente amigos de verdad. Y... disfruté de la soledad. Disfruté de verdad. Y cada persona a la que me encontré dejó un poco de ser "gente" para poder acercarse a mí. Hablé con tantos desconocidos por aquel entonces... que comprendí lo que me perdí durante años. Nunca dejaría de ser taciturno y demasiado mío, pero aprendí que hay cosas que si no se comparten, no significan nada.

Así compartí parte de mí mismo con Alejandra, a la que conocí en Mar del Plata. Era camarera en una cafetería a la que acudí la misma mañana en la que llegué. Estaba a cien metros de mi hostel y cuando pasé por delante el olor del café y de pan tostado me atrajo a su interior. Total... no tenía prisa. Me senté en una mesa al fondo y me acomodé con un periódico en la mano. Solía leer la prensa de los lugares que visitaba porque tenía la tonta creencia de que saber de sus problemas y vicisitudes me harían vivir cada experiencia de un modo más intenso, más auténtico. Ella se acercó con una libretita y me preguntó qué quería tomar. Levanté la vista del periódico y me quedé mirándola. Dios... era una de las chicas más guapas que había visto en mi vida. Morena, pelo largo y ondulado, labios gruesos, ojos marrones y grandes... Me dejó noqueado. Tonto perdido. Con la boca abierta y sin palabras que pronunciar.

– Si querés seguir pensando... – me dijo tímida.

Y lo terminó de arreglar con esa timidez que me recordó a Alba. Alba. Allí estaba. Su propio recuerdo me hacía sentirme atraído por aquella chica y no era una sorpresa para mí. Siempre supe que pasaría, que terminaría echándome a los brazos de la primera mujer que me recordara a ella, aunque no sería Alba, no olería a Alba y sería incapaz de hacerme sentir como Alba me hacía sentir. Una equivocación o no, pero... es la realidad. Yo no la he olvidado ni siquiera a día de hoy, aunque ya no esté enamorado de ella. Pero sigo fiel al pensamiento de que con todas las mujeres a las que ame después que a ella, seguiré amándola.

Tardé tres días en preguntarle a Alejandra si le gustaría que nos viéramos después de su turno. Le dije que iba a quedarme unos días allí y que me encantaría que me enseñara sus partes preferidas de la ciudad. Ella aceptó a la primera porque yo también le gusté en cuanto cruzamos la mirada. Me lo confesó después de besarla, paseando de noche en una playa desde la que se tenía vistas a las luces que iluminaban una parte de la ciudad. Aquella noche, aunque nuestros besos se encendieron más de lo que pensamos, no quiso venir conmigo al hostel. Me dijo con una sonrisa que tenía las manos muy largas y la vergüenza muy corta, o algo así y me pidió que pasara a recogerla el día siguiente por la cafetería. Y no solo lo hice... pasé toda la mañana allí, para verla.

No me enamoré, por supuesto, pero ella hizo que lo que iba a ser una parada de unos cuantos días se convirtiera en tres semanas increíbles. No diré apasionadas, aunque lo fueron. No diré que nunca las olvidaré, aunque no lo haré. Yo sé que no cambié su vida y ella supo desde el primer momento que yo no me quedaría. Y aquello, la caducidad de aquello, lo hizo más intenso y especial.

Dos días después de nuestro primer beso, por fin nos acostamos. Y fue espectacular. No sentí aquello que me atormentó no poder encontrar en otra mujer más que en Alba. Nada me golpeó el pecho por dentro ni me quedé muerto hasta que la boca de ella me insuflara vida, porque fue sexo, no amor, pero fue el mejor sexo sin amor que he tenido en toda mi vida.

Alejandra era divertida, preciosa y tímida. Decía que le acomplejaba un poco ser más voluptuosa que sus amigas y yo no me podía creer que aquello realmente le hiciese sentirse menos atractiva. Joder... era afrodita. Sus dos labios... me volvían loco.

– Si no me voy pronto me volveré adicto a ti y ninguno de los dos quiere eso. – le dije un día, conmigo aún dentro de ella después del tercer polvo.

Se rió y me besó y después dijo que sí, que tendría que irme pronto, antes de que confundiéramos aquello con un amor que no era. Y a punto estuve de enamorarme de ella en ese momento, porque su sinceridad dura, descarnada y nada romántica me recordó tanto a Alba que dolió. Pero no lo hice.

La noche anterior a mi partida, Alejandra y yo estábamos tirados en mi camastro del hostel, aprovechando las horas para comernos la boca y follarnos cuantas más veces mejor. Y entre polvo y polvo, entre orgasmo y orgasmo, hablábamos. Y terminamos hablando de mi viaje, algo de lo que ella había preferido no hablar hasta el momento. Ella me dijo que siempre sospechó que yo huía de algo, pero que nunca preguntó acerca de ello por miedo a que yo le respondiera que se metiera en sus asuntos. Y claro que huía, le confesé.

– Huía de la persona en la que me había convertido.

Y tocándole el pelo, sonreí y le conté que existía una mujer en el mundo, llamada Alba, que me había hecho perder la cabeza. Le conté que mi mejor amigo la acercó a nuestras vidas y que fue ese mismo gesto el que acabó con todo.

– Al final terminó como es de imaginar.

- ¿Cómo?
- Los dos peleando por ella. O por nosotros, no lo sé.
- ¿Y quién ganó?
- Ella.
- ¿Creés que ella quiso separaros?
- No. Ganamos todos en realidad. Ella. Él. Yo...

Y después de decirlo, me convencí. Ella había ganado, y él. Y yo. Y aquel día me enfadé horriblemente conmigo mismo al ser consciente de que había perdonado parte de aquello. Parte.

Tenía que marcharme. Eso lo sabíamos todos, como ya he dicho. No quería terminar engañándome a mí mismo, como dijo Alejandra, haciéndome creer que lo que teníamos era amor. Era una parada en mi camino, pero no era el final. Nos despedimos con besos en la estación de autobuses y un “hasta siempre” que me dolió. Nos dijimos “te quiero”, porque durante veintiún días así lo sentimos, aunque no nos amáramos. Y cuando me di cuenta, ella se alejó entre la gente, sin llorar y sin dramas, haciéndome sentir lleno y vacío a la vez, como pasa con las despedidas, con las correctas... lleno de lo que vendrá y vacío por lo que pierdes. Y sentí que debí irme de Madrid con la misma sensación. Si hubiera hecho las cosas bien...

Pasé un par de días en Buenos Aires después y cuando ya me preguntaba a mí mismo qué coño iba a hacer ahora, hacia dónde iba a encaminar mis pasos... recibí un mail de Chris como caído del cielo en el que me contaba que la vida en Japón era genial, que tenía mucho trabajo y que, si ya me había cansado de viajar solo, podía ofrecermelo algo de trabajo esporádico, el suficiente para ir viviendo de ello. “Quiero a alguien bueno en el que confíe. Y solo se me ocurre tu nombre.”

Pues... estaba decidido. Era el destino. Y también fue el destino el que eligió por mí la siguiente parada porque, buscando vuelos para visitar Japón, encontré que una de las opciones más baratas era volar hasta Madrid desde Buenos Aires y, un par de días después salir de allí con dirección a Osaka. Había que joderse. Madrid.

Después de un vuelo demencial con escala en Doha, aterricé en Barajas Adolfo Suarez con jetlag y un cúmulo de sentimientos encontrados en la boca del estómago. No me gustaba estar allí. Me prometí que no volvería. Aunque... ¿qué esperaba? ¿No volver a mis padres jamás?

Alquilé un coche para devolver en dos días en el mismo aeropuerto y me dirigí hacia el pueblo, a cincuenta kilómetros de Toledo. Hacía tanto tiempo que no conducía que todo me pareció raro. Los camiones que llenaban las autopistas a aquellas horas. Las canciones que sonaban en la radio. No tener a Alba sentada a mi lado.

Cuando aparqué en la puerta de casa de mis padres me dije mentalmente, nervioso, que tendría que haber avisado. Mis padres son mayores y no me gustaría ser el responsable de mandarlos al otro barrio por un ataque al corazón. Aún así, llamé a la puerta. Aníbal, el perro de mis padres, acudió enloquecido ladrando, hasta que dejé

que oliera mi mano a través de los barrotes de la puerta y me reconoció. A penas unos minutos más tarde, mi madre se asomó a la puerta con el paño de secar la vajilla agarrado al pecho. Se echó a llorar nada más verme y corrió hasta la puerta. Nos abrazamos y sentí un nudo en la garganta cuando su olor llenó mis fosas nasales. Olía a casa, a cocina, a leña, a suavizante y jabón, a su colonia... a mamá. La abracé muy fuerte, haciendo las paces con el niño que aún era y que siempre la necesitó. Mi padre interrumpió uniéndose a aquel amasijo de brazos y de sollozos. Yo también me emocioné y cuando los dos se alejaron un paso para mirarme bien, me quité las lágrimas a manotazos, torpe y les sonreí. Los dos lloraron al verme hacerlo. Hacía unos ocho meses que no me veían y quizá años sin verme aquella expresión en la cara.

– Estás más delgado. – se quejó mi madre cuando nos sentamos en la cocina. Ella estaba sacando comida como una loca.

– Es normal, mamá. No paro de moverme en todo el día.

– Con tanto tiempo libre pensé que te vería más gordito, pero no, no, no te gusta darle el gusto a tu madre.

Me reí. Las madres y su idea de que todo lo que hacemos es parte de una especie de guerra interna contra ellas.

– No tengo tanto tiempo libre. – me justifiqué. – Las fotos...

– ¿Te dan dinero? – preguntó mi padre.

– Algo. Para ir viviendo, sin excesos.

– ¿Y tanto viaje...? ¿Te lo permiten?

– Tenía bastante dinero ahorrado.

– ¿Se terminó? ¿Por eso has vuelto?

– Ah, no. – cogí el café que me ofrecía mi madre antes de que me llenara la cara de besos y después lo probé. Dios... el café de mi madre. Qué bueno... – Estoy de paso. En dos días salgo hacia Osaka.

– ¿Osaka? ¿Eso dónde está? – le preguntó mi madre a mi padre. Él se encogió de hombros.

– Japón. – respondí yo.

– Ay, por el amor de Dios. ¿No vas a parar?

– No creo. – confesé antes de darle otro trago. – Tengo un amigo allí y me ha dicho que hay bastante trabajo. Dice que no puede con todo y que le vendría muy bien que fuera a echarle una mano. Pagan bien.

Los dos se miraron entre ellos.

- ¿Un amigo allí? – preguntó mi madre tímidamente.
- Sí. Chris. Lo conocí en Vietnam mientras hacíamos fotos. Viajamos juntos durante meses.

Otra mirada entre ellos.

- Es... bueno, quiero decir. Que le hemos dado muchas vueltas a las cosas y... que puedes ser muy sincero con nosotros porque, nos da la sensación de que...
- Mamá. – dije con una sonrisa. – No me gustan los chicos. Si me gustaran, os lo diría sin problema. Pero no me gustan.
- Ah... – mi padre se fue hacia la ventana para encenderse un cigarrillo allí, mi madre lo siguió con la mirada y después siguió hablando. – Es que te fuiste tan de repente que llegamos a pensar que Hugo y tú... bueno, que habíais sido pareja y se había roto. Y lo que nos preocupa no es que te gusten los hombres... es que te fueras para superar...

Me levanté de la mesa.

- Bueno, pues... – la corté. – ¿Os importa que me eche un rato? Tengo jet lag...
- ¿Qué es eso? ¿Lo has pillado allí? ¿Quieres que te pida cita en el médico?

Me eché a reír cogido al marco de la puerta.

- Mamá, que estoy con el horario cambiado. Duermo un poco y me levanto para la cena, ¿vale?

Los dos asintieron y... me fui con la sensación de que, bueno, Hugo y yo nunca habíamos intimado a aquel nivel e imaginarme con un tío en la cama (quiero decir interactuando) me creaba bastante rechazo pero... mis padres sí tenían razón en que me fui porque algo se rompió entre Hugo y yo y yo huí para superarlo. ¿Lo haría? ¿Sería esa huida la respuesta? A veces creía que, sencillamente, me fui para hacer lo que debía haber hecho muchos años antes.

Los dos días que pasé en Madrid fueron algo claustrofóbicos. Después de haber andado por el mundo sin horarios, sin obligaciones, sin personas a las que te une la devoción y la responsabilidad familiar, ahora me metía en casa de mis padres, donde todas mis hermanas fueron pasando, como en una procesión, con todos sus hijos. Me metí una buena dosis de “tío Nico”. Hablé con ellas sobre mis viajes y cuando tocó el turno de que apareciera por allí Marian, pude sincerarme por fin. Me costó bastante, no voy a negarlo, porque una cosa es que nos sintiéramos más unidos entre nosotros y estuviéramos acostumbrados a contarnos ciertas cosas y otra muy diferente es que casi nueve meses de ausencia no hagan mella en una relación.

Nos sentamos en el porche con una cerveza y tras muchos minutos en silencio, Marian se giró hacia mí y se quedó mirándome con una sonrisa.

- Te veo bien.
- Estoy bien.
- Quiero decir... te veo mejor que cuando te marchaste.
- Es que estoy mejor que cuando me marché. – le devolví la sonrisa.
- ¿Y qué vas a hacer ahora? A ver... ¿vas a quedarte en Japón?
- No lo sé. Y... ¿sabes? Es genial no saberlo.
- Eres un hippie. – se burló. – ¿Vas haciendo rotos por ahí? ¿Una novia en cada puerto?
- Ninguna novia en ningún sitio. Ese es el secreto. No atarse.
- Hasta que te toque.
- Supongo. Pero, ¿sabes? Conocí a una chica en Mar del plata... y fue genial.
- Lo bueno de una relación sin tener que vivir lo peor, ¿no?
- Sí, algo así. ¿Y tú?
- A mí el amor se me resiste. – me tocó el pelo. – Me dan ganas de irme contigo.
- No me jodas. – me reí. – Cargar contigo por todo Japón no me parece un planazo.

Me dio un codazo y los dos nos reímos. Brindamos. Un silencio.

- ¿No vas a preguntármelo? – musitó mirando al frente, hacia las hojas de los árboles del jardín.
- ¿Para qué? Vas a decírmelo sin necesidad de preguntar.
- Pero quiero que lo hagas. Quiero escucharte...
- ¿Cómo están? – la miré.

Compartimos una sonrisa conformada.

- Están bien. Pasaron una época muy complicada cuando te fuiste. Él no se encontraba y ella no tenía fuerza suficiente para tirar por los dos.
- ¿Fue cuando vinieron?

– Sí. Vinieron a ver a mamá porque a ella no se le ocurrió otra cosa.

Sonreí y miré mis manos, jugueteando con el botellín de cerveza.

– Ella es así. Incluso cuando cree que actúa a la desesperada hace exactamente lo que debe hacer.

– La cambiasteis mucho. Está en una época de negación de todo. No quiere hacer las cosas que todos creen que debe hacer. No cree en la tradición, no cree en la obligación...

– Una época nihilista. Se le pasará.

– A él no. – contestó. – Él también ha cambiado.

– ¿Lo superó?

– Nunca va a superarlo. No creo que tampoco quiera hacerlo.

– Bueno... la tiene a ella, ¿no? Pues que tampoco se obceque.

– Pero Nico, tú eres mucho más inteligente que todo eso. Aunque tengan la relación que siempre quisieron, él nunca va a dejar de echarte de menos. Eso le duele, sobre todo pensar que fue él quien te empujó a irte. Eso no va de dos tíos que se pelearon por una chica. Va de dos amigos que para poder ser felices tuvieron que separarse.

Un silencio lo llenó todo. Me costó seguir hablando, pero lo hice. Era el momento.

– ¿Sabes? Siempre pensé que lo tendría a mi lado en todo lo que me pasara... que lo tendría a mi lado en cada gran hito de mi vida. Y ahora tengo que contentarme con un puñado de recuerdos.

– No estoy de acuerdo.

– No tienes por qué estarlo. Tú no lo entiendes como lo hago yo. No estás implicada.

– Claro que lo estoy... soy tu hermana y él tu mejor amigo. Lo veo con la suficiente distancia como para ponerlo en perspectiva pero lo suficientemente implicada para que me duela. Tienes razón en que él ya no estará a tu lado cuando consigas lo que quieres, pero tienes que admitirte a ti mismo que nunca habrías logrado nada si siguieras aquí. El puñado de recuerdos no es algo con lo que contentarte. Es la vida. Algún día vas a tener que perdonarle por haber tomado por ti la decisión correcta. No fue por Alba. Fue por ti.

No dije nada más porque no podía. No era el momento de hacerlo. Solo... me levanté, le di un beso en la sien y me metí dentro de la casa a guarecerme de todas aquellas palabras, tan ciertas y tan dolorosas.

Sorpresas

(Alba)

La vida sigue un rumbo determinado... una dirección que vas indicando tú, con las elecciones diarias, con cada paso que das pero, a no ser que tomes una decisión que suponga un giro de 180 grados, no sueles darte cuenta de hacia donde vas. Supongo que eso fue lo que nos pasó.

Cogí una gripe estomacal justo la semana en la que tenía mi primera entrevista para un trabajo que me apasionaba; me la pegó mi pobre compañera de al lado. Pensé que tenía una mala suerte de la hostia, pero aún así, me presenté en la redacción de la revista dispuesta a conseguir el puesto. El señor Montes, mi jefe en ese momento, me dio el día libre y me deseó mucha suerte. Era muy amable y me apreciaba sinceramente, pero los dos sabíamos que aquel trabajo, en su gabinete de comunicación, era un impasse.

Era una publicación mensual especializada en fotografía. Menuda ironía. Imaginé a Nico ayudándome a preparar la entrevista y sé lo emocionado que habría estado por mí de haber estado conmigo. Pero... ya no estábamos en situación de esperar nada parecido del otro. Yo ni siquiera sabía en qué país andaría. Sabía que había estado en España, de paso y aunque me dolió que no nos llamara, lo entendí. Aún no estábamos preparados y lo peor... ni siquiera sabía si algún día lo estaríamos.

La entrevista fue bien. Ellos estaban buscando a alguien con mi perfil y yo estaba buscando un trabajo como el que ellos ofrecían. Tenía muy buenas referencias de mis anteriores trabajos e incluso conseguí una carta de recomendación de Olfo, a pesar de que nuestro último encuentro, con todo aquel follón de las fotos de El Club, no había sido ideal. Pero a pesar de la alegría de una buena entrevista, volví a casa con sudores fríos, fiebre y mal cuerpo, aunque sabiendo que, muy probablemente, el puesto sería mío. Eso sí, cuando llegué al piso vomité los nervios y los virus en un maratón de doce horas que me dejó otras tantas en cama fuera de juego. 48 horas después, el virus había desaparecido de mi cuerpo y solo quedaba yo, exhausta, tratando de recuperarme con dieta blanda. Hugo insistió en que fuera a ver al médico y éste me dio un volante de reposo de 72 horas para que me quedara en casa y descansara, lo que sirvió para que se me mimara y llevara entre algodones durante tres días.

Hugo recuperó algunas jornadas de vacaciones que le debía la empresa para atenderme. Le dije dos mil veces que me valía yo sola, que solo quería dormir y comer fiambre de pavo, pero él no atendió a razones y muy solícito se dedicó al completo a mí... incluyendo algún ratito de sexo amoroso y suave.

El lunes todo volvió a la normalidad. Yo con unos kilos menos, eso sí, pero con ilusión por recibir la llamada de la revista, que recibí el jueves; dijeron que podía incorporarme a mi nuevo puesto en dos semanas y yo avisé al señor Montes y a las chicas de que mi tiempo allí había terminado. Hicimos hasta una fiesta de despedida. Mis compañeras cocinaron dulces para convertir mi último viernes en una especie de brunch eterno del que terminé empachada. El sábado por la mañana me desperté con náuseas y volví a vomitar, agarrada a la taza del wáter.

Al principio pensé que eran los nervios del nuevo puesto de trabajo. Hugo apuntó, una semana más tarde, que quizá debía ir al médico porque quizá no me había recuperado bien del virus, pero no le hice caso.

Mi nuevo trabajo resultó ser increíblemente motivador. Me levantaba con ganas cada mañana y acudía con-

tenta y emocionada a aprender. Quería ser la mejor, pero lo cierto es que no me encontraba al cien por cien. Resucitaba a media mañana, cuando todo dejaba de darme angustia y malestar.

No sabría decir de dónde vino la certeza, pero un día, mientras ultimaba los textos para un reportaje sobre fotografía digital, sencillamente lo supe. Yo tomaba la píldora. ¿Cómo iba a ser lógico pensar que estaba embarazada? Pues lo era. Era lógico y era verdad.

No quise decirle nada a Hugo hasta que no lo tuviera del todo claro y, aunque tuve la tentación de pedirle a mi hermana que me acompañara, me callé, por si todo era una suerte de paranoia mía. Fui sola a la farmacia, compré una prueba y me la hice en el cuarto de baño mientras esperaba a que Hugo volviera del trabajo. El positivo fue apabullante. “Mierda”... pensé, pero acto seguido me toqué el vientre con ternura en una reacción tan inconsciente como natural. Estaba embarazada. Hugo y yo íbamos a ser padres.

Cuando llegó, yo estaba sentada en el sofá haciendo como que leía, pero llevaba veinte minutos en la misma página, dándole vueltas a todo aquello. Estaba asustada, no puedo negarlo. No dejaba de preguntarme si estaría preparada para ser una buena madre.

- ¿Qué tal el día, piernas? – preguntó Hugo inclinándose para besarme el pelo.
- Bien. Bastante bien.
- Tengo hambre y ningunas ganas de hacer la cena.
- Ajá. – contesté.

Se metió en el dormitorio y lo escuché tararear una canción entre dientes. Estaba contento. ¿Cambiaría su humor cuando se lo dijera? ¿O se alegraría? Ni siquiera habíamos hablado sobre el hecho de ser padres en un futuro próximo. Habíamos llegado a la conclusión de que algún día nos lo plantearíamos, pero todo era vago y poco concreto. No, quedarme embarazada por sorpresa no era una de esas cosas anotadas en la lista de “ojalá me pase”.

Entré en el dormitorio y lo encontré desabrochándose la camisa. Me miró, guiñó un ojo y sonrió.

- Hugo...
- Alba... – contestó imitando mi tono.
- Tú... bueno... yo...

Se quedó con las manos suspendidas en el aire, en mitad de la tarea de quitarse la camisa y frunció el ceño.

- ¿Pasa algo?
- Tengo que contarte una cosa.

– ¿Estás bien?

– Supongo.

Me senté en la cama y lo miré.

– ¿Qué te pasa? Me estás asustando.

– No sé cómo ha pasado. – bufé.

Dio un par de pasos hacia atrás y se apoyó en la cómoda. A través de la tela blanca de su camisa se adivinaba su pecho, tan masculino, atrayente y calmante para mí. En aquel momento lo único que me apetecía era apoyar mi mejilla sobre la piel caliente y su vello y dormirme sin pensar más. Suspiré y después empecé a hablar.

– Las náuseas, los vómitos y el mal cuerpo... Hugo... hoy me hice una prueba de embarazo.

– Pero... tomas la píldora, piernas. – frunció el ceño.

Me quedé mirándole esperando una explosión de las suyas, un “pero ¿cómo cojones ha pasado?” a voz en grito, pero lo único que encontré fue una sonrisa dibujándose en su cara.

– Coño, piernas, ¿tú sabes el susto que me has dado? Pensaba que ibas a decirme que te habías tirado a otro.

Puse los ojos en blanco. Yo diciéndole que estaba embarazada y él pensando en infidelidades. Me encogí sobre mí misma, sin saber muy bien qué hacer y él se puso en cuclillas delante de mí, apoyado en mis rodillas.

– Mi amor... – Le miré y vi cómo sonreía. – Eso es maravilloso.

– Pero nosotros no lo habíamos planeado y...

– Las grandes cosas de la vida siempre lo pillan a uno de improviso. Ven aquí.

Hugo me abrazó y después me levantó para llevar sus labios y sus manos hasta mi vientre.

Quizá tuviera razón... las grandes cosas de la vida siempre me pillaban de improviso, como ellos dos.

Fuimos al médico el día siguiente; conseguimos una cita urgente con mi ginecólogo que confirmó lo que ya sabíamos. Estábamos en estado de buena esperanza... justamente de un mes. Él señaló algo en la pantalla y nos dijo sonriente que allí estaba nuestro bebé. Nosotros sólo veíamos una mancha sin forma y nos echamos a reír, pero contentos y con las manos cogidas. Fue una de las experiencias más bonitas de mi vida. Podría habernos pillado de sorpresa, pero era nuestro y lo queríamos.

Fuimos a ver a mi familia aquella misma tarde. Le pedí que me dejara a mí sacar el tema; no es que mis padres

fueran ultraconservadores y fueran a echarse las manos a la cabeza por un bebé sin matrimonio previo, pero... nunca se sabe.

Mi madre nos sacó bizcocho y preparó café. Yo le pedí leche con cacao, lo que no dejó de sorprenderla. Me encanta el café y el té, tengo un enganche de agárrate y no te menees, pero claro... estaba embarazada. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y mi hermana no tardó en aparecer, trotando y besándonos a los dos como si le fuese la vida en ello. Hugo no paraba de frotarse la barba de tres días. Mi padre lo miraba con el ceño fruncido, como si quisiera averiguar qué le ponía tan nervioso como para tener picores. Carraspearon los dos y mi madre me miró fijamente.

– Ya sé a qué venís vosotros dos... – y una sonrisa enorme se le dibujó en la cara. – ¿Vais a casaros por fin?

– No será porque no se lo he pedido dos veces... – contestó Hugo. – Pero siempre dice que no. Me quiere lo justito como para aguantarme de un día en un día. Imaginarse la eternidad conmigo se le debe hacer cuesta arriba.

Le miré con cara de odio y él se echó a reír.

– Tú eres imbécil. – escuché que me decía mi madre. Ya estábamos...

– En realidad nosotros veníamos a deciros otra cosa. – se adelantó Hugo.

Hubo un silencio en el que él esperaba que yo tomara la palabra, pero buscando las palabras precisas me quedé en el limbo. Mi hermana me miró desde la otra punta de la cocina y entrecerró los ojos. No me di cuenta de estar tocándome el vientre hasta que no vi cómo sus ojos se deslizaban hasta allí. Lo siguiente fue un caos. Eva se abalanzó sobre mí gritando como una posesa y después repitió ceremonia con Hugo. Mis padres no entendían nada mientras ella lloraba y lloraba y decía que era el día más feliz de su vida.

– Vamos a ser padres. – les explicó finalmente Hugo con una sonrisa.

Me sorprendió muy gratamente la respuesta de mis padres, que se levantaron a abrazarnos muy emocionados. Mi padre no dejaba de decir que iba a ser niña y mi madre lloriqueaba mientras nos besaba.

Me sentí extraña... no puedo negarlo. Todo el mundo parecía estar contento, emocionado... casi preparado para una noticia como aquella. Todo el mundo excepto yo, la persona que iba a ver crecer su vientre y de la que iba a nacer otra persona. Yo no sabía si estaba preparada y temía que mi vida cambiara y con ella yo. Ahora que las cosas nos iban tan bien... no sé. Era extraño. No me imaginaba a mí misma siendo madre, aunque no me costara ver a Hugo como padre.

Asustada y, ahora, además, fuera de lugar, porque todo el mundo estaba tranquilo y el que más, él.

Pero aquella noche entendí por qué Hugo no estaba asustado o si lo estaba predominaba la ilusión sobre el miedo. Y lo descubrí cuando, antes de acostarnos, me colocó entre sus rodillas, se abrazó a mi vientre y dijo:

- Dentro de ti crece mi propia familia. No se me ocurre un regalo mejor.

Así estuvimos durante días: sonrientes e ilusionados. Como una pareja de tontos que se quieren demasiado. Como si nunca fuera a pasar nada malo. Como si ese estado fuera para siempre.

El amor de mi vida

(Hugo)

Una vez mi padre me dijo que, en la vida, las prioridades cambian de la noche a la mañana y que, cuando te quieres dar cuenta, eres adulto. No estoy del todo de acuerdo con esa afirmación. Yo creo que hacerse adulto no cambia tus prioridades, solo pone luz sobre aquellas cosas que son en realidad importantes.

Solo un zopenco como yo puede decirle a su chica que el virus le está durando demasiado cuando en realidad está embarazada. Es que... ni lo pensé. Ella estaba tomando la píldora y ninguno de los dos cayó en la cuenta de que si la vomitas por una gripe estomacal... no hace efecto. Además... qué puntería tuvimos. Fue el destino, le dije. El destino que quería que fuésemos padres y yo pudiera construir de cero mi propia familia para darle sentido al futuro.

Estábamos muy ilusionados. No, no lo esperábamos y no entraba en nuestros planes. A decir verdad, hacía muy poco habíamos hecho una “reunión seria de pareja”, como las llamaba ella, para hablar sobre si queríamos invertir en una casa con otra habitación o si era buen momento para planear un gran viaje. Ninguno de los dos dijo la palabra “bebé” ni se planeó buscarlo en lo venidero. Creo que si no hubiera sido de aquella manera nunca hubiéramos entendido que, si lo piensas, ningún momento es el perfecto para ser padre. Pero nos cambió la perspectiva de vida a pesar de todo.

Alba no dejaba de decir que le preocupaba no ser buena madre. Decía que era asquerosamente independiente y muy egoísta y que tenía miedo de hacer desgraciado a nuestro hijo con su manera de criarlo. A mí me hacía gracia, porque nadie nace sabiendo ser padre y todos lo hacemos sin saberlo. Creo que tenemos un chip que se activa cuando hace falta. A mí se me activó en el momento en el que supe que Alba estaba embarazada, pero ella se sentía insegura sin esa reafirmación interior. Supuse que llegaría su momento en cuanto su vientre se abultara de verdad o incluso cuando dejaran al bebé en sus brazos por primera vez.

Y de pronto, “el bebé” se convirtió en el centro de todo. Habría que volver a cambiar la habitación de invitados, quitar la cama y poner una cuna, un cambiador... yo ya me veía levantándome de mala gana a las tres de la mañana para dar un biberón, debatiéndome entre la mala hostia que me da que me despierten cuando he cogido el sueño y ese ñoño instinto que da la paternidad. Y mi coche... no había que olvidar mi coche, que era un tres puertas nada práctico para colocar la sillita. Tendría que venderlo y comprar otro. Uno grande y cómodo. Práctico. Que corriera y gastara menos. Seguro ante todo.

Muchos planes. Pero todos se quedaron en eso. En planes.

Alba me despertó en mitad de la noche de un manotazo en el pecho. No sé cómo no me mató del susto. Encendí la lamparita de la mesita de noche y miré el reloj. Eran las dos y media de la mañana de un miércoles.

- ¿Pero qué pasa?
- Algo no va bien.

No dijo nada más... solo se echó a llorar. Y Alba no es de las que llora muy a menudo, la verdad. Me levanté de

la cama y le pedí que no se levantara. Fui a la cocina, llené un vaso de agua y se lo llevé. Ella seguía llorando.

- Piernas, cariño... has debido tener una pesadilla. Eso es todo.
- No. – balbuceó. – Algo no va bien.
- ¿Por qué lloras?
- No lo sé. – y lloró con más fuerza. – Me duele.

Eso consiguió ponerme alerta.

- ¿Dónde te duele?
- Me duele un poco aquí... – señaló por encima de la sábana la parte baja de su vientre. – Va y viene. Pensé que sería normal. Gabi nos contó que también le dolía...
- Vale, Alba. Estate tranquila, ¿vale? Vamos a vestirnos y nos acercamos a urgencias. Seguramente no sea nada, pero nos quedaremos más tranquilos. ¿Te parece bien?

Asintió limpiándose las lágrimas. Sé que se sentía tonta; no le gusta llorar y menos por no encontrarse bien. Ella quiere parece de hierro, aunque verla vulnerable me enternezca tanto...

Alba se levantó con cuidado de la cama y se metió en el cuarto de baño a asearse antes de irnos. Como siempre, cerró la puerta. Cuando volvió a abrir estaba más blanca que la cal. Yo ya me había puesto unos vaqueros y un jersey y buscaba las zapatillas por todas partes.

- Hugo... – musitó.
- Dime, piernas.
- Estoy sangrando.

No recuerdo ni siquiera el trayecto hasta el hospital, pero difícilmente se me olvidará el color de la sangre empapando la ropa cuando las luces de la recepción nos iluminaron.

Se la llevaron corriendo y yo me quedé como un gilipollas haciendo los papeles de ingreso. Cuando terminé me indicaron dónde podía esperar y me quedé allí sentado. Durante los primeros quince minutos mantuve un poco de esperanza, aunque la cantidad de sangre era alarmante. Cuando se cumplió media hora y vi al médico salir preguntando por los familiares de Alba Aranda... lo tuve claro.

- Soy su marido. – dije, porque la palabra novio en ese contexto me parecía absurda.

Me explicó que Alba había tenido lo que se conoce como aborto espontáneo y que iban a practicarle un legra-

do. Por la mañana podríamos irnos a casa.

Evidentemente... no es un trago agradable. Estábamos ilusionados y aunque estaba a penas de cinco semanas, fue un palo. Pero, cuando por fin pude verla, mientras se recuperaba de la anestesia local y la sedación y me sonrió, me di cuenta de que todo lo demás me daba exactamente igual. Solo importaba ella.

Durante unos días estuvo tristonza, pero muy comunicativa. Hablamos sobre ello. Me dijo que le sorprendía estar tan decepcionada cuando ni siquiera habíamos buscado aquel embarazo. Yo le dije que no podemos ni debemos controlar cómo sentimos las cosas que nos pasan y que si quería llorar, que lo hiciera, porque yo estaría a su lado. Su familia se volcó en nosotros y ella, sencillamente, se levantó de la cama y se fue a trabajar el día después a que le dieran el alta.

Me enamoré definitiva y perdidamente de ella para el resto de mis días durante esa época. No fue el hecho de comprobar que Alba era una mujer fuerte y decidida lo que me empujó a quererla más. Si hubiera flaqueado en aquel momento, también la hubiera amado con la misma intensidad. Fue... no sé. Me di cuenta de lo importante que era haberla encontrado entre toda la gente y la suerte que teníamos.

Compré un anillo, porque era un loco que pensaba que a la tercera iba la vencida y siguiendo la tradición familiar lo hice en la joyería Suarez, como mi abuelo y mi padre. Elegí un solitario de oro blanco con un diamante talla esmeralda y bullets de diamante blanco, que suena fenomenal pero además, era muy bonito. No me importó el precio entonces. Solo quería que dijera que sí.

Era un sábado por la tarde. Habíamos reservado mesa para cenar en El Espejo, uno de esos restaurantes clásicos de Madrid que sé que le encantaba, por sus vidrieras de colores y el ambiente anticuado que se respira. Le propuse dar un paseo antes por El Retiro y me miró como si estuviese loco. Hacía un poco de frío y se quejó porque allí habría mucha humedad y se le cardaría el pelo. Mujeres. Aún así la convencí.

Llevábamos paseando un buen rato cuando encontré un rincón precioso y poco concurrido. Me paré allí mismo y mirándola hiqué de nuevo la rodilla en el suelo. Se echó a reír. Algunos transeúntes se nos quedaron mirando, pero me dio igual. Ojalá hubiera podido hacerlo en medio de Central Park, para recordar la sensación que tuve cuando ella se emocionó con la pedida de mano de otros. Pero quise hacerlo a nuestra manera, en la que sería nuestra casa, Madrid y en un rincón que pudiéramos visitar a menudo, quizá con nuestros hijos en un futuro.

– Alba... ya no sé qué más decir para convencerte de que es nuestro momento y que quiero que pases el resto de tu vida conmigo. Quiero que seas mi mujer.

– Levántate. – me pidió entre carcajadas.

– No, escúchame, porque esto me lo has hecho tú. Me has vuelto loco, piernas. Solo dime que sí.

Saqué el anillo y se lo enseñé. Se tapó la cara con las manos, tal y como hizo en Nueva York con ese primer anillo que siempre sería especial. Me sentí como un crío que va a dar su primer beso. Ni siquiera mi primer beso fue así de especial. Dejó que se lo pusiera en el dedo anular de la mano derecha, porque en la izquierda lucía la

amatista que compré en Tiffany's para ella. Me levanté y se abrazó a mi pecho, riéndose.

– Di que sí.

– Ni de coña, mamón. – susurró.

La miré a los ojos, que le brillaban con ilusión. Se había empeñado en hacerlo a su manera y yo... no pude enfadarme, porque me enamoraba esa manera suya de darle la espalda al mundo. Nos besamos y, susurrando sobre sus labios le dije que lo nuestro sería para siempre.

Y lo será, estoy seguro. Tres pedidas de mano románticas me costó darme cuenta de que el día menos pensado, decidiríamos hacerlo a nuestra manera.

Y ahora, dejadme un rato solo. Me he puesto tan ñoño que me dan ganas de suicidarme.

El amor de mi vida

(Nico)

Osaka me pareció una ciudad amable a pesar del choque cultural. Pero me gustó al momento. El hecho de que el aeropuerto se encontrara en una especie de isla artificial me sedujo. Pensé: “aquí saben lo que se hacen” y la sonrisa me acompañó durante todo el día.

La gente era amable, aunque me encontré con algunos problemas para comunicarme; no todo el mundo entendía el inglés y lo comprendo, que conste. Iba con una guía de bolsillo de “japonés para dummies” pero mi pronunciación era nefasta y solo conseguía que se rieran a mi costa. Tampoco me molestaba.

La primera noche dormí en una especie de hostel bastante delirante, en una litera de una habitación compartida. Era lo más barato que encontré. Había escrito a Chris desde un cibercafé (lugar en el que, sorpresa, también podías dormir tirado en el suelo o en un sillón reclinable) en cuanto llegué, pero preferí hacer un poco de turismo por mi cuenta antes de revisar si había respondido. Y él, que me conocía, me citó en un parque triangular, del que no recuerdo su nombre, para que nos viéramos en dos días, sabiendo como sabía que yo tardaría en revisar mi correo electrónico.

Cuando nos vimos nos saludamos con un abrazo y muchas palmadas en la espalda. Se estaba dejando barba y le salía medio pelirroja. Estaba horroroso, pero me dijo que ligaba mucho con aquella pelusilla en la barbilla. Comimos ramen en un sitio cercano y nos pusimos al día.

Chris vivía en un apartamento enano muy cerca de su trabajo. Le habían contratado en una especie de agencia de fotografía que igual lo mandaba a fotografiar bodegones para anuncios de supermercado (que tampoco son como el catálogo del Carrefour, os lo aseguro) que a cubrir una sesión de fotos para una revista, pero estaba encantado. Le pagaban bien y además seguía vendiendo fotos para diferentes publicaciones especializadas en viajes. Me dijo que le vendría muy bien tenerme allí para que le echara una mano, porque a veces se le solapaban las sesiones y le dolía decir que no a trabajo. Esa noche dormí en su casa, en el suelo, en una especie de futón japonés que resultó ser mucho más cómodo de lo que pensaba.

Las primeras semanas fueron un poco de locos. Sin casa fija, de hostel en hostel, durmiendo a veces en esos cibercafé que he comentado antes, con la espalda reventada pero contento. Chris me dijo que podía dormir en su apartamento siempre que quisiera, pero no quería abusar.

– Pues tendrás que buscarte un piso. – me dijo muy convencido.

Pero yo no sabía cuánto tiempo me quedaría y... lo de buscar un alquiler me parecía demasiado serio.

Chris me enseñó parte de la vida nocturna en Osaka. Salimos mucho durante esas semanas. Bebíamos, comíamos algo, seguíamos bebiendo y conocíamos a chicas. Siempre había tenido la sensación de que las chicas japonesas eran muy tímidas, pero mi experiencia me hace señalar que hay de todo, como en todos los sitios. Sin embargo, no solía dejarme llevar demasiado; coqueteábamos, aprendíamos un par de palabras nuevas en japonés (o en el dialecto de Osaka, lo que se terciara) y después nos íbamos a la cama... solos. Bueno, al menos yo. Chris siempre se despedía de mí con una chica cogida de la cintura, con cara de enamorado, diciéndome

que Japón era el paraíso. Y yo me decía a mí mismo que terminaría cansándome de todo y volviendo a cargar la mochila en mi espalda.

No llevaba ni tres semanas allí cuando pasó. Chris dejó un recado para mí en la recepción del hostel en el que estaba hospedado aquella semana, diciendo que el día siguiente tenía una sesión de fotos a la que no podía acudir y pidiéndome que le supliera. Pasé por su casa por la tarde para decirle que no tenía ninguna experiencia en fotografía de ese tipo y que me horrorizaba la idea de quedar como un patán, pero él me dejó una de sus cámaras y un par de objetivos, me dijo que otra persona se encargaría de la iluminación y que lo único que tenía que hacer era fotografiar a una chica guapa.

– ¿Estás loco? – me descojoné. – Eso no puede salir bien. Yo no soy un fotógrafo de moda. Ni siquiera soy fotógrafo. ¡Soy economista!

– Pues economiza tu miedo y deja de cagarte encima con cualquier reto. – sonrió él pasándome una cerveza.
– Ponte creativo. Seguro que le has hecho fotos a más de una chica en tu vida.

Bueno, si salía mal, saldría mal y marchando. Poco podía hacer. Él necesitaba que yo le cubriera para que ese cliente siguiera llamándole cuando le hiciera falta un fotógrafo y a mí el dinero me venía muy bien. Y la experiencia. Y el reto. Y pasar un poco de miedo.

El estudio donde iban a hacerse las fotos era una especie de piso ultramoderno lleno de ventanales. Primer problema. Entraba la luz por todos lados y yo no tenía ni idea de cómo solventarlo. Empecé a ponerme nervioso. No me entendía con el chico encargado de la iluminación porque su inglés era más o menos como mi japonés. Llamé a Chris, pero no me lo cogió. Creí que me iba a dar un infarto cerebral. Una chica muy amable me preguntó si quería tomar algo y le pedí un café, un té o lo que tuviera, me daba igual y me trajo una bebida energética tipo Red Bull. Bien... en menos de nada iba a aprender a volar. Empecé a dar vueltas por el piso en busca de un rincón decente en el que encuadrar las fotos y cuando aún no tenía ni idea de cómo salir de aquella, alguien me anunció que la modelo ya estaba lista. A lo hecho, pecho.

Ya estaba pensando en comprar unos billetes de vuelta a Europa a curarme de mi estrepitoso fracaso cuando la vi. Era pequeña, pero más alta de lo que esperaba. Iba, además, subida a unas sandalias de tacón y envuelta en un vestido de noche. Morena, piel pálida e inmaculada, preciosa. Me quedé mirándola como un gilipollas y me sonrió con timidez.

El golpe en el pecho fue brutal. Creo que fue el corazón, que se me pegó de un salto a la caja torácica produciéndome un micro infarto. Me puse nervioso, se me escurrió la cámara y la cogí al vuelo. Se escuchó una risita... me reí también. No podía dejar de toquetearme el pelo, con lo que terminé con la misma pinta que un loco que acaba de salir de la cama. Me acerqué y le tendí la mano:

– Soy Nicolás, el fotógrafo. – le dije en inglés. – Encantado.

– Soy Haruko, la modelo. – contestó.

No sabría decir si la sesión fue tan desastrosa como me pareció, pero el resultado de las fotos no fue tan malo

como imaginaba. Ella me dejó idiota perdido, pero tuvo un idilio con la cámara desde el primer momento. La sorpresa llegó cuando, después de preguntarme de dónde era, me habló un poco en español. Ayudó a que me entendiera con el chico de los focos, dio ideas para la composición de las fotos y lo hizo todo un poco más fácil. Incluso mi vida.

No sé explicar muy bien lo que me pasó. O lo que nos pasó. Sé que la invité a tomar algo al terminar y que ella tenía un compromiso esa misma noche al que, dejó caer, iba a ir sola. Me preguntó si tenía un traje y yo removí cielo y tierra para conseguirlo. Esa noche tomamos una copa en una fiesta privada y la mañana siguiente nos encontramos en una estación de tren para ir a ver el bosque de bambú en Kioto, a una hora de allí, donde la besé por primera vez. Hablamos mucho en español, en inglés... me enseñó a decir algunas cosas en japonés y yo le pregunté cómo se decía "creo que me estoy enamorando de ti". Me respondió que se lo preguntara en nuestra próxima cita y yo cumplí y se lo seguí preguntando hasta que una tarde sencillamente me lo dijo y yo lo repetí mirándola a los ojos.

Nuestras citas fueron siempre muy intensas. Nos abríamos enteros, en canal, tratando que el otro nos conociera tan a fondo como nosotros mismos. Atrás quedaba el Nico que ocultaba tanto de sí mismo que a penas sabía quién era. Yo quería que Haruko lo supiese todo de mí de la misma forma que me sentía hambriento de saber cada detalle de su vida. Me contó que su abuelo era americano y que había estudiado un año en España, que le encantaba la tortilla de patata y la sangría y que tuvo la oportunidad de ver bailar a Sara Baras en Madrid. Yo le confesé que llevaba casi un año buscándome a mí mismo y que tenía la sensación de no tener hogar propio. Ella me dijo que quien siente aquello tiene la ventaja de elegir de dónde quiere ser. Y yo quise ser suyo.

Una semana después de conocerla yo ya tenía un apartamento alquilado en Osaka, contratado un curso de fotografía de moda y planes para quedarme toda la vida allí si hiciera falta. En cuestión de semanas la vida se aceleró y fuimos una pareja como si nunca hubiéramos tenido opción de ser otra cosa. Ella viajaba bastante a Tokio por cuestiones de trabajo y yo la acompañaba a hacer fotos. Vendí muchísimas fotografías de paisajes entonces. Y recorrí el país junto a ella. Y me enamoré definitivamente de su risa.

Tardamos en acostarnos juntos bastante más de lo que hubiera podido imaginar, pero es que durante semanas ni siquiera me lo planteé. Estaba tan a gusto con ella que el sexo era lo de menos, aunque me pusiera duro contra su cuerpo solo con un beso en los labios. No sé por qué tardamos tanto cuando los dos sabíamos que nos enamorábamos muy pronto. Aquel día fui a recogerla a una estación cercana a mi casa, después de unas sesiones de fotos. Nos besamos como dos locos y necesité estar más cerca de ella. Solo eso: necesitaba tenerla más cerca, hacerme tangible con ella. Hicimos el amor en mi piso y... volví a sentirlo. El golpe. La conexión. La promesa de un amor de verdad. No... no fue sexo. Con Haruko nunca lo es. Como tampoco lo fue con Alba.

Me volví loco y en mi cabeza anidó la idea de que no podía permitirme volver a perder algo así. Me convencí de que era afortunado por haber vuelto a sentir aquello por alguien y que no debía arriesgarme a desaprovechar la segunda oportunidad que se me había dado. Así que le pedí que se casara conmigo un mes después de conocerla y el mes siguiente lo hicimos. Como únicos invitados sus padres, su hermana pequeña, Chris y la chica con la que salía éste en aquel momento. Chris no dejaba de decirme que estaba loco, entre risas, e insistía en que para acostarme con ella no hacía falta casarme antes. Se pasó muchos meses repitiendo aquella broma, porque lo que quería eran detalles del sexo con Haruko y jamás desvelé ninguno.

Le eché mucho de menos, no puedo mentir. A ÉL. Seguía enfadado, pero ya no recordaba casi el por qué. Nunca pensé que yo me casaría, pero creía que, si en un hipotético caso lo hacía, él estaría a mi lado como el hermano que era. Creo que le eché más de menos a él que al resto de mi familia, porque mi madre estaba entre horrorizada y encantada, mi padre creía que me había vuelto loco del todo y mis hermanas me trataban como si aquella boda fuera la enésima muestra de la extravagancia en la que había convertido mi vida desde que inicié mi viaje. Él me hubiera dado una palmada en el hombro y no hubiera hecho falta nada más.

No le conté a Haruko lo que me empujó a hacer aquel viaje. Solo le dije que me había perdido y que quise encontrarme haciendo lo que siempre soñé poder hacer. No le hablé de Alba, ni de que me enamoré de ella pero sobre todo del ideal de tenerlo todo en una misma relación. No le hablé de Hugo con toda la intensidad que habíamos vivido en el último año en Madrid. No lo hice porque no quise, porque no estaba preparado. Era mi pasado, pensé. Todos cargamos con uno y no siempre compartirlo aligera el peso. Las decisiones que tomamos, las cosas que hacemos, nos acompañan de por vida, convirtiéndonos en quienes somos. Y ya está.

Los siguientes meses fueron especiales, porque estaba conociendo a la persona con la que me había casado en un orden inverso. Normalmente cuando uno decide dar el paso lo hace seguro de con quién se está casando. Pero nosotros nos enamoramos, nos casamos y nos conocimos después. Y fue genial darnos cuenta de que, a pesar de habernos precipitado con aquella boda, estábamos hechos el uno para el otro. Y entendí algo entonces... algo que hizo que comprendiera ciertas cosas que antes no tenían sentido para mí. Entendí a Hugo y su necesidad de tener algo, como lo que sentía por Alba, solo para él mismo. La intimidad entre dos personas. El compromiso verdadero. Los planes de futuro.

La vida no iba a ser fácil y cómoda para dos personas como Haruko y yo. Ella modelo, con todas las complicaciones que implica eso. Yo fotógrafo freelance. Qué desastre de porvenir, ¿no? Pero entonces di la campanada con unas fotos de Hiroshima y llamé la atención de alguien. Y viajar con mi cámara se convirtió en una profesión y Haruko en mi compañera. Lo de menos era a qué nos dedicáramos. Lo de más, la vida que nos quedaba por delante.

Y la vida sigue

(Alba)

En noviembre nació la hija de Gabi. Pesó tres kilos doscientos gramos, lloró como una energúmena demostrando unos buenos pulmones y cuando fuimos a verla ya lucía unos pendientes distinguidos y monísimos.

Gabi estaba exultante; la muy puta parecía que había ido de visita al hospital a ver a alguien, no que acabara de sacar por sus bajos una cabeza humana. Estaba peinada, perfumada, vestida con un elegante camisón de Victoria's Secret y, aunque nos lo quiera negar, hasta maquillada. Hicimos muchas bromas, la abrazamos mucho y adoramos a su hija Gracia como si fuésemos los reyes magos.

Hugo vino a recogerme después y nada más entrar en el coche me preguntó cómo estaba. Me extrañó la pregunta hasta que me di cuenta de que lo preguntaba por... bueno, supongo que se planteaba que no debía ser fácil sostener un bebé recién nacido cuando has sufrido un aborto.

Hay muchas formas de reaccionar a una misma situación. Incluso el médico me dijo que podía buscar quedarme embarazada de nuevo en unos meses sin ningún problema, pero mi manera de enfrentarme a aquello fue atrasar esa decisión hasta que todo mi cuerpo me pidiera ser madre. Podía no pasarme nunca o podía sentirlo el día siguiente. Solo... quería que fuese de una manera... normal. Lo que quiero decir es que no quería obsesionarme. Me había quedado embarazada en un descuido, no es que Hugo y yo lo hubiéramos buscado... eso me daba mucho que pensar.

Hugo parecía preocupado por si estaba fingiendo estar bien, pero siempre traté de ser muy comunicativa con él sobre este tema. Era mi pareja, el hombre con el que yo quería envejecer... lo tenía claro.

– Cariño... ya tomaremos esa decisión. No tiene por qué ser ahora.

Él asentía. Y es que creo que antes de enterarme de que estaba embarazada... nunca habíamos hablado sobre el hecho de tener niños. Nunca en serio. No quería que aquello nos empujara a los dos sin haberlo hablado como suelen hacerse estas cosas. Bien... no hay prisas cuando se trata de una decisión para el resto de tu vida.

Por aquellas fechas Hugo apareció un día con un sobre para mí. Dentro había una reserva de fin de semana para un hotel con spa y me extrañó, porque no me lo imaginaba metido en una piscina de burbujas, por muy "lord" que se pusiera para vestir la mesa. Cuando me quedé mirándole anonadada, me dijo que era un regalo para mí y para mi hermana.

– Id, relajaos y ponedme verde, pero poco, que os he pagado no sé cuantísimas mariconadas para que volváis relajadas y cariñosas.

Lo acusé de querer montárselo con las dos a la vuelta, aprovechándose del sentimiento de agradecimiento por nuestra parte, pero lo hice entre risas, completamente alucinada por el detalle. Eva se vino arriba cuando se lo conté y se lanzó a expresar, en un monólogo de quince minutos, lo mucho que quería a Hugo y todos y cada uno de los detalles por los que era el hombre de mi vida. Eso ya lo sabía yo, pero reconfortaba escucharlo de otra persona.

El hotel era una monada. Nuestra habitación, una suite muy cuca con techo abuhardillado y vigas de madera, con una cama de matrimonio que, la verdad, me apetecía más compartir con él que con mi hermana. Y fue un fin de semana genial en el que nos bañamos en el spa, nos hicieron masajes, la manicura, la pedicura, cenamos como cerdas, bebimos como animales y vimos películas moñas en el ordenador portátil de mi hermana. Volvimos como nuevas a Madrid.

Al llegar a casa no pude abrir. Había una llave puesta por dentro que me obligó a llamar. Era extraño...Hugo nunca dejaba la llave puesta. En el minuto que tardó en abrir se me ocurrieron doscientas mierdas horribles que podía haber aprovechado para hacer aquel fin de semana y casi todas implicaban a un harén de mujeres desnudas comiéndole el rabo. Cuando me abrió sonriente, casi se me había olvidado lo relajada que estaba después de un fin de semana de hedonismo total.

- ¡Hola piernas!
- ¿Qué estabas haciendo? – fue mi contestación.
- Preparar el final de la sorpresa.

Se empeñó en vendarme los ojos y mientras yo imaginaba a un montón de conejitas de Playboy saliendo a hurtadillas de mi dormitorio, él me dirigió hacia el interior de la casa, diciéndome lo difícil que era preparar una sorpresa para alguien tan entrometido como yo. Lo confieso, soy de las que mira en el extracto del banco de su pareja en Navidades para tratar de averiguar qué ha comprado.

Me metió en la habitación de invitados y me susurró al oído que me quería antes de deshacer el nudo de la venda que tapaba mis ojos. Y después de pestañear un par de veces, cegada por la luz de unos focos nuevos en el techo... allí estaba. Cuando me fui, aquella habitación tenía una cama grande, una cómoda en un rincón y dos mesitas de noche. Era un dormitorio práctico por si alguien (es decir, Eva) quería quedarse a dormir en casa, pero era un espacio sin alma desde que Nicolás se fue. Y ahora, frente a mí, tenía un vestidor completo, de madera de haya, con un espejo de cuerpo entero, un sillón en el centro, sobre una alfombra preciosa de color malva y los armarios vestidos de pies a cabeza para cualquier mariconada que se os pueda ocurrir. El zapatero era para morirse e incluso tenía varias cómodas donde colocar todas esas chorradas que nos encantan a las mujeres, como collares y demás. Parecía una tienda del barrio de Salamanca, por el amor de Dios. Cuando me giré, tratando de verlo todo y descubrí el tocador casi me eché a llorar.

- Pero... – dije con un hilo de voz.

Hugo me abrazó por detrás con fuerza y besó mi cuello.

- Te conozco y... en el fondo estás triste, piernas. Sé que esto no va a compensar nada, pero no lo he hecho con esa intención. Solo quiero verte sonreír y llenar esta casa con cosas que nos hagan feliz. Siempre soñaste con algo así y yo siempre soñé con alguien como tú.

Me giré entre sus brazos y le besé. Hugo siempre decía que tener un vestidor era una mariconada frívola que

me habían metido en la cabeza las películas; yo nunca estuve de acuerdo, claro, pero a él le dio igual estarlo o no estarlo, porque lo único que quería era verme sonreír.

Me abracé a su pecho y la saliva casi no me pasó por la garganta a través del nudo de nervios que se había instalado allí. Habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo y aunque siempre fui comunicativa, hay algunos sentimientos que se nos quedan dentro... muy dentro y que ni siquiera sabemos que están ahí. Un día salen a borbotones y no sabemos si es bueno, malo o regular. Y allí, en un vestidor nuevo que era un capricho totalmente innecesario, me sentí triste porque ya no era madre, me sentí triste por mi cuerpo, que había vivido un millón de altibajos físicos, me sentí triste porque había enfrentado la desilusión queriendo ser tan racional que no me había dado tiempo ni espacio para llorarla.

Hugo olía a él, a su colonia, a casa y a madera nueva. Levanté la cara hacia él y me sorprendió ver que no sonreía.

- Deja de preocuparte tanto. –le dije.
- Si no me preocupo por ti, dime... ¿por quién iba a hacerlo?
- Nosotros no tenemos de qué preocuparnos, mi vida.

Volví a abrazarlo y después me alejé para ver cada detalle. No me lo creía. Un vestidor para hacerme sonreír. Pues... le salía cara mi sonrisa.

- ¿Lo has montado tú?
- Pse... ¿por quién me tomas, piernas?
- ¡Llamaste al decorador!? – me reí.
- Digamos que fue un fifty fifty.

Abrí cajones, puertas, cotilleé altillos.

- Te lo vas a pasar pipa metiendo tus cositas aquí, ¿eh? – se burló con cariño Hugo.

Me giré con una ceja arqueada y decidí que... ¿por qué no empezar ya? Me quité el jersey y lo doblé en un cajón. Miré el resultado. Qué mono. Me desabroché el cinturón y lo saqué por las trabillas del vaquero para dejarlo después enrollado en un cajoncito con compartimentos pequeños. Me descalcé. Los zapatos fueron a un rincón, en su sitio. El vaquero fue después a parar, colgando impecablemente de una bonita percha de madera, a otro espacio.

- Uhm... – escuché ronronear a Hugo justo antes de notar su mano templada en mi vientre.

Tanteé mi sujetador y lo desabroché... lo doblé y lo metí en un cajón.

- ¿Van a ese cajón también las braguitas? – rugió sensual en mi oído.
- Están sucias...
- ¿Y húmedas?

Su mano se metió dentro de la ropa interior y sus dedos me tatearon. Gemí, apoyando el peso de mi espalda en su pecho vestido. Miré hacia abajo el movimiento bajo la ropa interior.

- Como la primera vez que me tocaste. – le dije con voz sucia.
- Pero esa vez había mucha más gente.
- Y no pudimos terminar.
- Al menos no lo hicimos allí.

Me bajé las braguitas y las dejé caer al suelo. Me giré, apartando el pelo de mis hombros y le sonreí con malicia a la vez que mis manos iban directas a desabrochar su pantalón. Metí la mano dentro.

- Ah... ¡qué fría! – se quejó entre risas.
- Seguro que entro en calor enseguida.

Le palpé... estaba casi duro ya. Susurró en mi oído que le encantaba cuando mis pezones se endurecían. Se quitó el suéter fino de color verde botella y lo dejó tirado en el suelo. Después sus pantalones siguieron el mismo camino, junto con toda la ropa interior. Me subió en sus brazos y me dejó sobre una de las cómodas.

- Me regalas un vestidor y lo primero que hago es plantar el culo encima. – me reí.
- Ah, no, no es eso. Estamos estrenándolo como se merece.
- ¿No tendríamos que estampar una botella de champagne contra una de las paredes, como en los barcos.
- Algo así vamos a hacer...

Me eché a reír y su boca me humedeció el cuello, besando, mordiendo y lamiendo todo a su paso. Abrí las piernas y él tiró de ellas para colocarme a su altura. Tanteó con su polla totalmente dura y de un empujón se metió dentro de mí. Gemí con los ojos en blanco.

- Dios... – gimió él.

Empujó de nuevo deslizándose por mi humedad e impuso un ritmo suficientemente lento como para que no

fuese un polvo más y suficientemente rápido como para volverme loca de ganas.

- Ah... para, para.
- ¿Qué?
- Para... un condón.

Nos miramos. Había dejado la píldora y lo último que quería yo entonces era hacer las cosas sin pensar. Hugo me miró como si estuviese loca. Siguió empujando hacia mi interior.

- Hugo... – le pedí.
- Pararé antes de correrme. Solo quiero que te corras así, conmigo.

Siguió empujando. No sé qué fue lo que me puso tan loca. Lo habíamos hecho un millón de veces sin preservativo, pero notarle así en aquel momento, húmedo de mí, deslizándose sin nada entre los dos hasta lo más hondo... me calentó mucho. Los últimos encuentros habían tenido el típico “parón previo a la gomita” y... no, yo tampoco quería parar entonces.

Sus dedos se agarraron a mis caderas y se clavaron en la carne. Gruñó. Sé cuánto le pone ese gesto, pero no sé si sabe lo mucho que me gusta a mí también. Miró el punto en el que nuestros cuerpos se unían, chocaban y se alejaban y se mordió el labio.

- Tócate... – suplicó. – No me aguanto.

Mi mano derecha se aventuró vientre abajo y mi dedo corazón encontró mi clítoris. Bajé un poco más para tocarle a él entre embestidas. Se mordió más fuerte.

- Para... – me pidió.

Volví a tocarme a mí, abriendo las piernas tanto como podía y él se agarró de mis nalgas para llevarme al suelo, sobre la alfombra. Allí tumbados las embestidas multiplicaron su fuerza y ritmo. Le clavé las uñas en la espalda y las deslicé hacia abajo hasta arañar sus nalgas. Gritó. Iba a correrse. Me arqueé cuando sentí la llamarada recorrerme el vientre y grité también, con él, mientras mi interior palpitaba alrededor de sus penetraciones.

- Más, más... no pares. – le exigí.

Hugo blasfemó y yo me corrí a lo bestia, tocándome, sintiéndolo y arañándole con la mano libre. En cuanto me dejé caer exhausta sobre el suelo, desmadejada, Hugo salió de mí y tocándose a sí mismo con rapidez, eyaculó sobre mi vientre y muslos entre gemidos ahogados y graves. Después se dejó caer a mi lado en el suelo con un alarido de placer satisfecho.

Cerré los ojos. Dios... para esto fuimos creados así. Para eso se nos dio cuerpo. La respiración agitada de los

dos funcionaba como banda sonora en la habitación. Me miré totalmente manchada de su semen y me giré hacia él, que también me miraba.

– Me encanta tu vestidor. – sonrió.

Y no pude hacer otra cosa que reírme.

Nadie supo nunca que nosotros estrenamos aquella habitación de esa manera, pero mucha gente lo visitó en los siguientes días. Mi hermana, mis amigas y hasta mi madre no quisieron perderse. Y yo señalaba cada detalle tan orgullosa como una prometida lo haría con su anillo de compromiso. Yo tenía dos, a falta de uno, pero nada como una habitación para mí sola, para cumplir con parte de esos detalles de mi cuento de hadas que prometió.

El jueves siguiente, sin comida en la nevera después de haber evitado el supermercado con todas nuestras fuerzas, nos vimos en la obligación de pedir comida a domicilio para poder subsistir. Fue sushi y teníamos tanta hambre que se nos fue la mano pidiendo. Después de comer por encima de nuestras posibilidades y bebernos botella y media de vino blanco para ayudar a los makis y nigiris a bajar Hugo suspiró y dijo:

– Piernas... ¿y si nos casamos por el rito gitano?

– Ah, no, de eso nada. Si quieres que me case contigo quiero una boda como las de las películas, tan ridícula que pasemos años riéndonos de nosotros mismos.

Hugo se giró hacia mí sorprendido y le respondí al gesto con una sonrisa.

– ¿Qué? – le pregunté.

– ¿Es eso un sí?

– Es lo que parece...

Sonrió de lado, arqueando solo la comisura derecha de sus labios y volvió a mirar al frente.

– Define “boda ridícula”.

– Un jardín, damas de honor, tú con esmoquin leyéndome tus votos...

Se echó a reír a carcajadas y asintió.

– ¿Sabes? Si crees que eso va a pararme, estás muy equivocada. ¿Quieres flores, luces y a tu hermana vestida de repollo? Te vas a cagar...

Nuestras carcajadas rebotaron en el patio interior y nos miramos.

– ¿Va en serio? – me preguntó. – ¿Lo hacemos? ¿Nos casamos?

– ¿Te estás echando atrás? – bromeé.

Hugo se quedó callado, mirando su copa de vino. Su sonrisa fue desvaneciéndose, ahogándose en el líquido frío que empañaba el cristal.

– ¿Qué pasa? Hugo... no tenemos por qué hacerlo, lo sabes, ¿verdad?

– Sí. No es eso. Es que...yo... bueno... – suspiró. – Me gustaría que él volviera para verlo, que lo viviera con nosotros.

Sonreí con pena.

– A mí también me gustaría.

– Ya. – suspiró y dejó la copa en el suelo. – Pero así es la vida.

¿Así es la vida? ¿De verdad? ¿No había otra opción que resignarse? ¿Nada que pudiéramos hacer? No. Si algo me habían enseñado los años es que al final decir que sí a todo lo que la vida te traiga y no luchar por nada nos hace infelices. No quería pasar el resto de mi vida preguntándome cómo habría sido esforzarnos porque él volviera a acercarse. Era importante.

– Hagamos una cosa... – me levanté y me senté en su regazo.

– ¿Despedida de soltero en Las Vegas? – se burló.

– No, no es eso. Solo... invitémosle. Si quiere venir lo tomaremos como una señal.

– ¿Y si no?

– No lo sé.

Los dos miramos hacia el exterior, donde las estrellas brillaban con fuerza a pesar de la potente luz de la noche madrileña.

La señal

(Hugo)

No sé ni siquiera por qué insistí siempre. Yo ya sabía lo que éramos y nuestro civil no lo cambiaría, pero supongo que siempre fui mucho más tradicional de lo que creía. O romántico. O nenaza. O por alguna extraña razón la cara de Alba viendo cómo aquella pareja de desconocidos se prometía en Central Park y la conversación que tuvo lugar después me marcó más de lo que parecía. Y, además, admitámoslo, el hecho de que ella se negara con tanto ahínco, lo convirtió en un juego en el que yo quería ganar. ¿No dicen que son las grandes cosas de la vida las que realmente cuestan esfuerzo? Pues por esa misma regla de tres casarme con Alba iba a ser la puta hostia.

Pero claro, ahí estaba... el pensamiento parásito, implantado en mi mente, trayéndolo de vuelta a mi vida, como siempre que pasaba algo importante. Lo único que me apetecía era disfrutarlo con los dos, con Alba y con él, con Nico. Y no hablo de nada que tenga que ver con nosotros tres en la cama. Por aquellas fechas el solo pensamiento de otro hombre consiguiendo que Alba se arqueara de placer, me volvía loco de celos. Es solo que... bueno, en un primer momento pensé que era una cuestión de costumbre. Estaba habituado a compartirlo todo con él y aún no me había acostumbrado a que él no estuviera allí para vivirlo conmigo. Sin embargo, ¿a quién quería engañar? Bueno, es obvio, quería engañarme a mí mismo y a mis adentros, pero es imposible pasar por alto el hecho de que Nico era para mí mi hermano. Un hermano no se borra de dentro, de las entrañas mismas, sea cual sea el motivo por el que se aleje. Pero es que... echar a tu hermano de tu vida con la seguridad de que es la única opción para que sea feliz... ya es sui géneris de por sí.

Alba anunció a su familia que nos casábamos con tan poco protocolo que me hizo hasta fruncir el ceño. Es posible que solo estuviera fingiendo que no le hacía tanta ilusión para seguir pareciendo una chica dura, pero... ¡vale ya, macho man! Aquello nos costó una bronca, porque lo cierto es que me hacía sentir inseguro, como un crío enamorado hasta las trancas que ha convencido a la chica de su vida para que salga con él, pero que no las tiene todas sobre sí durará. No, no pensaba que nos fuéramos a divorciar a los tres meses... es raro, complicado de explicar. Así que aunque me prometí tratar el tema con tranquilidad, terminamos gritando como dos jodidos locos antes de joder como bestias encima de la alfombra. Tiramos una botella de tinto sobre su esponjoso tejido con el movimiento y para terminar de arreglarlo me corrí por allí. Sí, por allí, sin definir. Por todas partes y por ninguna. Una cosa es ir a la tintorería para que quiten una mancha de Ribera del Duero y otra muy distinta es hablar de semen. Fue a la basura.

La siguiente discusión, por cierto, se saldó con la rotura catastrófica del sofá. Era viejo, dijimos... pero lo cierto es que nunca me han cabalgado con esa fiereza en toda mi jodida existencia. Alba... la amazona.

El caso es que nuestra boda podría ser todo lo extraña y sobreactuada que quisieras, pero había cosas que debíamos hacer por el camino tradicional, como ir a ver a los padres de Nico para decírselo en persona, porque eran lo más cerca que yo tenía de unos padres.

Íbamos de vez en cuando a su casa, pero siempre me invadía la misma sensación de melancolía, como la que te azotó al final de un verano en el que te enamoraste a rabiar de alguien a quien no volverías a ver. Siempre que pasaba por allí recordaba la letra de una antigua canción de Quique González titulada "Cuando éramos reyes". Nosotros lo fuimos en nuestra propia vida, gobernando sentimientos y ansiedades, viviendo intensamente porque éramos jóvenes. "Incluso nuestras diferencias congeniaban como dos gotas de agua" decía la canción y...

amén. Aquella canción hablaba de quienes fuimos de la misma manera que las paredes de la casa de sus padres siempre retendrían dentro los fantasmas de esa relación. Recuerdos... qué pequeños hijos de puta. Se infectan y te caducan. Si te dejas llevar estás perdido; cuando quieres darte cuenta recuerdas más que vives.

La madre de Nico nos recibió con una sonrisa y dos besos apretados. Nos dijo que había sacrificado cien reses y que nos las comeríamos para merendar. Bueno, vale, estoy exagerando, pero venía a ser más o menos eso pero con su correspondiente comida manchega. Y yo encantado, claro.

En la cocina estaba sentado de espaldas a la puerta el padre de Nico, dándole vueltas a un café para diluir las dos cucharadas de azúcar que siempre se ponía. Al vernos se levantó sonriente y me palmeó la espalda. A ella le dijo que cada día estaba más guapa. Nos sentamos.

– ¿Cómo estás, mi niña? – le preguntó cariñosa ella a Alba. Le hice un gesto tratando de que se callara y no le sacara el tema del aborto.

– Muy bien. – respondió. – De hecho venimos a daros una muy buena noticia.

– ¡¡Estás embarazada otra vez!! ¡Si es que ya lo sabía yo! ¡¡Este es mi Hugo!!

Me tapé la cara. Cagada monumental. Alba sonrió, seguramente más apurada por tener que sacarla de su error que por el comentario.

– No, no es eso. Sobre eso... hemos decidido esperar. No quiero casarme con el bombo.

Nos miramos y los dos sonreímos con las manos cogidas.

– ¿Os casáis?

– Bueno... eso parece. – dije yo. – A no ser que se eche para atrás otra vez. Después de cuatro peticiones de mano, no me extrañaría.

– Cállate, cafre. – se rió Alba.

La madre de Nico se acercó con los brazos abiertos y me abrazó.

– Qué alegría más grande, Nico, mi vida.

Nico. Tragué saliva.

– Hugo...

– ¿Cómo?

– Hugo, no Nico.

Se separó y me miró con una sonrisa triste. Alba cortó el momento de tensión dándole el tarjetón después de los dos besos de rigor. Eran unas cartulinas sencillas en varios tonos de gris y un blanco ligeramente nacarado. Nada ostentoso pero un poco a la americana; Alba había sido muy clara: si íbamos a casarnos debíamos hacerlo con todo lujo de detalles para poder reírnos a gusto durante los años posteriores. Nada de pasar vergüenza enseñando las fotos de la ceremonia, porque serían testigo de lo locos que estuvimos. Sobreactuado, digno de Las Vegas. Una borrachera para los sentidos y un buen rato, para sonreír y seguir adelante con nuestra vida. Solo... hacer oficial lo que nosotros ya sabíamos y, como siempre, hacerlo a nuestra manera.

La madre de Nico sostuvo la cartulina entre las manos con una expresión taciturna. Yo sabía que se sentía muy contenta por mí, pero había algo más, algo que se le había clavado muy hondo y que aquella noticia estaba haciendo moverse. Estaban tristes, eso estaba claro.

– ¿Qué pasa? – pregunté.

Se miraron entre ellos en un gesto cómplice pero melancólico, como si los dos compartieran una pena.

– Perdona que nos pongamos tan serios, Hugo. – sonrió la madre de Nico – es que... nos acordamos de otras cosas y nos entra lástima.

– Nico se casó. – dijo su padre. – No pudimos ir. Fue todo muy precipitado.

Alba y yo nos miramos. Lo sabíamos; nos lo había contado Marian una tarde en casa. Cuando lo supe yo me sentí peor que ellos, porque ni siquiera lo hubiera sabido si su hermana no me lo hubiera confesado.

– Está muy lejos. Es normal. – terció Alba. – Pero quizá... bueno, sé que no es lo mismo pero... si él... si él pudiera venir... podríamos celebrarlo doblemente.

Se volvieron a mirar. Algo más había, estaba claro. Alba sacó el otro tarjetón y se lo dio.

– Si pudierais hacérselo llegar, nos sentiríamos muy agradecidos. – dije con un hilo de voz.

– Se lo daremos el mes que viene.

– ¿Vuelve? – preguntó Alba sin poder evitar que cierta emoción tiñera sus palabras.

– No, vamos nosotros porque... – dijo su madre, dejando la frase sin terminar, buscando las palabras adecuadas.

– Vamos a conocer a nuestra nieta. Nacerá en un par de semanas.

Nico... ¿padre? ¿Nico iba a tener una hija? Una mezcla de emoción y tristeza me golpeó el pecho.

No recuerdo qué más se dijo en aquella mesa. No recuerdo si comí mucho, poco o nada de lo que la madre de

Nico había preparado para nosotros. Solo me acuerdo de aquella sensación devastadora de sentirme tan fuera de la vida de alguien a quien quise tanto, mezclada con la ilusión de sentir que hicimos lo correcto al separarnos. Solemos pensar que las relaciones sentimentales son complicadas pero tendemos a olvidarnos de meter en el mismo saco las amistades intensas como la que tuvimos nosotros.

De vuelta a casa, Alba iba callada en el coche, acariciándome el pelo mientras miraba por la ventanilla. Yo llevaba la mano derecha sobre su muslo. Sonaba High Hopes de Kodakline.

- ¿Estás bien? – preguntó ella.
- Claro.
- Lo digo por lo de...
- Sé por qué lo dices. Estoy contento por él.
- Ya. Y yo, pero... ¿y por ti?
- Yo también estoy contento. Somos felices.
- No me refiero a eso.
- Ya, ya lo sé. Perdona, he querido cambiar de tema.

Ella sonrió sin mirarme. Me conocía tan bien...

- Me duele pero estaré bien. Si él viene estaré bien. Han pasado dos años y me gustaría poder demostrarme a mí mismo que lo hemos superado, que somos felices con las decisiones que tomamos. Pero no es sencillo.
- Me hago cargo. – sus dedos serpentearon por la piel de mi cuello y añadió. – Me gusta que puedas compartirlo conmigo. Eso dice mucho de la situación.
- Ya no duele tanto. Pero me planteo qué pasará si él no viene.
- No creo que tengas que preocuparte por ello. Estoy tan segura de que vendrá que si no lo hace, no nos casaremos.

Le miré sorprendido, apartando los ojos de la carretera un momento. Ella me sonrió.

- Es tu hermano. No faltará.

Y con un suspiro esperé que tuviera razón. Supongo que, como cantaban en la canción, yo también tenía grandes esperanzas...

El todo

(Nico)

Me tiré en la cama a su lado, jadeando aún por el esfuerzo de uno de esos revolcones que nos dábamos cuando nos reencontrábamos después de uno de mis viajes. Solía acompañarme, pero a veces su trabajo se lo impedía y cuando nos veíamos... quemábamos la cama. La miré, despeinada, sonrojada y sonriente y sonreí también. Nunca había visto más hermosa a Haruko que en esas circunstancias. Verla subida a unos zapatos de tacón, maquillada, retocada y en posturas imposibles en la portada de una revista nipona no me seducía demasiado. Esa no era mi mujer. Mi mujer era la que tenía al lado en el colchón en aquel momento, esa chica morena con los ojos rasgados pero grandes, con la piel de la porcelana cubierta de rubor y una capa de sudor de los dos, jadeante y feliz.

Se acurrucó sobre mi pecho y la rodeé con un brazo. Qué lleno me sentía entonces. Me parece imposible creer de verdad que hubo un Nico que dudó volver a sentir aquello junto a una mujer. Haruko lo llenaba todo.

- Nico... – dijo con ese extraño acento que le daba a mi nombre.
- ¿Mmm? – respondí luchando contra el sopor postcoital.
- Lo has vuelto a hacer.
- ¿El qué?
- Ya sabes.
- No, no lo sé. – sonreí mirando al techo.
- ¿Vas a hacer decírmelo?
- Si quieres que te entienda vas a tener que hacerlo.
- Me da vergüenza.
- ¿Por qué?
- Ay, Nico! – se quejó. – Tú... te has corrido dentro de mí.

Me incorporé lo suficiente para ver su cara completamente colorada y me eché a reír a carcajadas.

- Te odio. – musitó.
- Qué va. Me quieres.
- ¿No vas a decir nada?

- ¿Sobre qué?
- Sobre “ESO”.

Suspiré. Llevábamos algún tiempo siendo un pelín irresponsables con el sexo. Quiero decir que desde una noche que nos pusimos demasiado a tono como para parar cuando descubrimos que no quedaban condones, no me apetecía en absoluto ponerme la gomita en cuestión. Nunca había pasado nada, la verdad. Normalmente hacíamos la marcha atrás, pero de un tiempo para esa parte se me iba la cabeza y... ¿hay algo más reconfortante que la sensación de dejarte ir dentro de la mujer a la que amas? Además, era mi mujer, ¿no? ¿Qué más daba?

Le besé en la frente y la abracé.

- ¿Quieres que deje de hacerlo?
- No es eso. Es que no hemos hablado de la posibilidad de que me quede embarazada.
- Estamos siendo descuidados, Haruko y ninguno de los dos es ya un crío. Creo que los dos sabemos muy bien que podría pasar y... estamos de acuerdo con ello.
- ¿Quieres ser padre?
- Contigo quiero ser cualquier cosa pero, sobre todo padre.

Evidentemente no sabía aún de lo que hablaba. Nadie sabe de lo que habla en relación a este tema cuando no tiene hijos. Son ellos los que le dan sentido a todo, a lo bueno y a lo malo. Lo dimensionan todo. Pero claro, son cosas que yo aún no sabía, como tampoco sabía que aquella noche Haruko se quedaría embarazada.

Un mes después empezó a encontrarse rara. Estábamos en un viaje en Suecia, sopesando la posibilidad de instalarnos allí, donde me salía trabajo cada dos por tres. Vomitó en el avión de ida. Vomitó de camino al hotel. Vomitó en la habitación y después vomitó, por fin, en el baño. Pensé que le había sentado mal algo, la verdad. La noche anterior habíamos cenado un poco de más y me había dicho al acostarse que se encontraba muy pesada. Me hizo gracia porque pesada, lo que es pesada... como que no. Yo podía levantar a mi mujer con un brazo. Nunca me gustaron especialmente las chicas como ella, pero supongo que eso no tiene nada que ver con el amor de verdad.

La cuestión es que pasaron dos semanas hasta que volvimos a Osaka. Ella tenía que ir a una sesión de fotos en Tokio y era una ocasión especial para Haruko, ya que lo haría junto a uno de los actores internacionales de moda y las fotografías saldrían en la versión japonesa de Vogue. Palabras mayores. Como siempre que yo no tenía trabajo, la acompañé.

Me sorprendió que tardara tanto tiempo en vestirse después del maquillaje y la peluquería pero aún me sorprendí más cuando mandó a una chica del equipo a por mí. Me encontré a Haruko parapetada dentro de un cuarto de baño llorando a mares.

- ¡¿Pero qué cojones pasa?! – le pregunté alarmado.
- No me cabe.
- ¿Qué dices? – fruncí el ceño.
- Que no me cabe, Nico. Mira.

Apartó la puerta y, bueno, el vaquero le abrochaba, pero era verdad que le venía un poco más ceñido de lo que estaba acostumbrado a verla llevar.

- Será la marca. Pide otra talla y marchando. O hazte la foto en bragas. ¿Qué más da?

Sí... soy un poco imbécil.

- No. No es eso. – se echó a llorar con fuerza.
- ¿Y qué es?
- Es que tengo un bebé dentro.

Por poco no me descojoné en su cara por la expresión, como si quisiera decirme que tenía un alien en su interior, pero gracias al cosmos tuve el atino de coger aire y fingir una sonrisa cortés en lugar de la carcajada que empujaba por salir.

- Haruko...
- ¡¡No me trates así!! ¡¡No estoy loca!!

Le cogí la cara entre mis manos y le pedí que me mirara.

- Si eso es verdad... hoy es un día increíble para los dos. Tú vas a hacer una sesión para Vogue Japón teniendo a nuestro hijo dentro y yo te miraré orgulloso.
- Pero...
- Piénsalo... siempre que veas esas fotos recordarás que estabas embarazada pero nadie más que nosotros dos lo sabía.
- Ni siquiera estoy segura. – se frotó un ojo, emborronándose el maquillaje.
- Más especial aún. Nos aseguraremos juntos. Ahora, respira hondo, deja que te retoquen y haz magia con la cámara.

La sesión fue espectacular. En el salón de nuestra casa de Estocolmo está la prueba de que sí fue especial, con Haruko tan guapa que ciega y nuestro bebé dentro de ella porque... sí, lo estaba. Compramos un cacharro de esos (¿un predictor? ¿o eso es el nombre de la marca comercial? Bah, da igual) y una carita sonriente nos dijo que íbamos a ser padres.

Viví los siguientes meses con una ilusión algo ingenua, despreocupada y algo irresponsable porque de ser padre solo conocía las historias bonitas. La única decisión madura que tomé entonces fue retrasar la idea de mudarnos a Estocolmo para después del parto. Ella estaba muy decidida a marcharse, pero supuse que necesitaría a su madre cerca después del parto. Me lo agradeció pero... no aceptó. Así que la única decisión madura que tomé se fue al garete, porque hicimos justo lo contrario... acelerarlo todo para que la mudanza no la pillara con el embarazo demasiado avanzado.

Lloró mucho una vez nos instalamos. Yo pensé que era infeliz, aunque ella siempre me aclarara que tenía un baile de hormonas brutal dentro del cuerpo y que se sentía algo sola. Siempre fue muy sociable y le estaba costando un poco hacer amigos. Era un país nuevo, otra cultura, otro idioma... y ella esperaba un hijo. Bueno, hija. Una niña... íbamos a ser padres de una niña.

Alrededor del séptimo mes, Haruko de pronto... se sintió mejor. Y yo con ella. Verla llorar sola en el salón de nuestra casa en Suecia era una sensación horrible... sentía que estaba reteniendo su felicidad, siendo responsable de su desgracia... me recordó demasiado a cosas del pasado.

Sus padres viajaron a Estocolmo un mes antes del nacimiento y si eso no terminó definitivamente con mi paciencia y nuestro matrimonio... nada lo hará. Suegra japonesa entrometida a la una, a las dos... suegra japonesa entrometida adjudicada al caballero de la cámara de fotos.

El tema del nombre trajo cola también. Yo quería ponerle a nuestra hija un nombre japonés. Haruko quería que fuera uno español. Su madre quería arruinarme la existencia y su padre a penas dirigía dos o tres palabras al exterior, pero me juego la mano derecha a que tenía más vida interior que Murakami. Que tu mujer japonesa quiera ponerle a vuestra hija el nombre de Rocío es cuanto menos raro. Y que conste que me gustaba el nombre. Tengo una hermana que se llama Rocío, además. Pero es que... no encajaba.

Una noche, metidos en la cama, mientras ella se untaba de pies a cabeza en una crema para que la piel no se le estriara, comenzamos una discusión en tono de broma sobre el tema del nombre de la niña. No estábamos discutiendo en realidad, solo haciéndonos burla a nosotros mismos, diciendo que la niña nacería y terminaríamos poniéndole el nombre de lo primero que viéramos. Silla, cama, doctor, pared de paritorio. Nos estábamos echando unas risas cuando su madre dio un golpe en la pared y soltó un exabrupto en japonés que entendí como "Haruko tiene que descansar".

– Tu madre es como un dolor de cojones. – le dije en español, esperando que no me entendiera. Pero claro... una mujer que quiere ponerle Rocío a su hija... algo entiende.

– Y la tuya al parecer ni existe.

– Vendrán en dos semanas. – me reí. – Y tampoco creas que sería de mucha ayuda. Nos diría que le pusiéramos nombres como Esperanza, Salud, Verdad...

Haruko se me quedó mirando fijamente, con la mano en el vientre.

– Vuelve a decirlo.

– ¿El qué? ¿Verdad?

Sonrió.

– Se ha movido.

– Es una coincidencia, no una señal. No voy a llamarla “verdad”.

– Mako. Significa “niña de la verdad”.

Y no hubo nada más que decidir, porque era la realidad: nuestra hija era hija de la verdad, resultado de aceptar tantas cosas que a veces no fueron fáciles. Si yo nunca me hubiera marchado, ella no existiría...

Mako nació un sábado a las tres de la tarde. Haruko lo pasó fatal. Estuvo más de veinte horas de parto sin llegar a dilatar lo suficiente como para que el parto fuera natural, pero al final, todo se aceleró. ¿Qué puedo decir? Fue increíble. El médico colocó a Mako sobre el pecho de Haruko, piel con piel y la dejó allí. Todas las pruebas que tuvieran que hacerle, se las hicieron allí mismo. Bendito protocolo sueco. No nos perdimos ni un segundo en el nacimiento de nuestra hija. Y fue... especial. No, no fue especial. Fue algo más. No hay ninguna palabra con la que definir aquel momento. Es una sensación que no te abandona. Viene para quedarse, como tu hija, porque pase lo que pase, no dejarás de ser padre jamás.

Mis padres llegaron el tercer día. Nosotros estábamos a punto de irnos del hospital (otra gozada... habitación como de hotel, con cama de matrimonio para los dos y cuna). Hacía muchos meses que no los veía. Era la primera vez que me abrazaban como hombre casado. Era la primera vez que veían a mi mujer. Era la primera vez que veían a su nieta. Demasiadas primeras veces como para no emocionarse. Hasta Haruko lloró... bueno, pobre, después de todo ella era la que más derecho tenía a emocionarse, llorar, patalear... lo que hubiera querido hacer, yo la hubiera entendido.

Recuerdo con emoción la mirada de mi padre cuando, después de coger a Mako de la cuna, le ofrecí cogerla en brazos. Se limpió a manotazos las lágrimas y me dijo:

– Hijo... eres padre.

Sonreí y asentí, incapaz de decir algo más.

– Espero haber sido lo suficiente buen padre como para que tú lo seas aún mejor.

Mako dimensionó el universo al completo para mí. Se terminaron las ilusiones infantiles, la emoción irresponsable. Ahora yo era su padre, era responsable de ella, de su vida, de hacer de ella alguien feliz, sano y bueno. Y, como atraídos por la masa de un agujero negro, se marcharon todos los sentimientos grandilocuentes, de tragicomedia, que habían ocupado alguna vez espacio en mi vida. Se esfumaron dejando una calma serena dentro de mí dejando como única preocupación el ser el mejor padre del mundo, el mejor marido, el mejor compañero... la mejor versión de mí mismo.

Y en aquel momento tan... místico, mi madre entró una tarde en la habitación en la que yo acunaba a Mako en una mecedora para darme, con una sonrisa triste, un sobre.

– ¿Qué es esto?

No contestó. Dejó el sobre en mis manos y me cogió a la niña para llevársela a su madre. Cerró la puerta tras ella, dejándonos intimidad a aquel sobre y a mí... y probablemente también a los sentimientos encontrados que me fulminaron cuando encontré sus nombres en aquella cartulina. Además de esa impersonal invitación, el sobre contenía una nota, escrita de puño y letra, con una caligrafía intrincada, cursiva y femenina. Era la de Alba.

“Acompáñanos en este día, Nico, porque si no lo haces, será como si no significara nada. Nunca has dejado de formar parte de nuestra vida. Desde el comienzo. Permítenos que siga siendo así. Dale a tu hermano el consuelo que necesita y dátelo a ti. Te quiero. Alba.”

Y una jodida película con los mejores momentos de nuestra vida se puso en marcha dentro de mi puto cerebro. Las clases. Las fiestas. Los dramas. Las chicas. El piso compartido. Los cigarrillos sentados en la terraza. Los silencios sostenidos por palabras que no hacía falta pronunciar. La esperanza de tener algo tan de verdad. La duda adolescente “¿le querré como algo más que amigo?”. Las carcajadas cuando compartir a la primera chica dejó clarísimo que no era ese tipo de amor el que nos unía. Hacer de nuestra propia falta de prejuicios una moral. Construir mi vida. La suya. Alba. Marcharme. Los momentos que nos convirtieron en hermanos.

No. Uno no da la espalda a algo así. Y menos después de que sostener a mi hija me hubiera mostrado cuál es la verdadera importancia de la vida.

Volvería. Después de dos años volvería. Vería en sus caras las huellas del tiempo, imaginaría todo aquello que vivieron en mi ausencia y respiraría en su casa de nuevo, sabiendo que ya no era mi hogar, que no volvería a serlo pero que ya ninguno de los tres los necesitaba. Cuando nos embarcamos en esta historia no teníamos ni idea de cómo terminaría, pero supongo que esa es una de las grandes virtudes de la vida: la incertidumbre, la seguridad de que las cosas pasan una vez y no se repiten y que si lo hacen, nunca son idénticas y no se viven con la misma intensidad. No nos damos cuenta porque vivimos como lo haríamos si la muerte no existiera, pero parémonos a pensar y seamos honestos con nosotros mismos: solo te enamoras de la misma persona una vez, aunque cada día que la miras sientas una réplica dentro, como en una vibración que mueve tu mundo desde los cimientos. Nunca vuelves a ver por primera vez a tu hija. Solo descubres un secreto una vez, aunque aguarden muchos más en el camino.

Estaba seguro de lo que sentiría cuando les viera. Lo había imaginado muchas veces. En mi cabeza, casi siem-

pre, nos encontrábamos por casualidad. Y sabía que volvería a sentir ese hilo que me unía a Hugo, porque jamás dejé de sentir, por muy cabreado que estuviera, que había dejado en Madrid a mi único hermano. Cuando me pasaba algo, cuando una sensación me desbordaba, independientemente de en qué punto del planeta estuviera, siempre pensaba en lo que él me diría, en lo que él haría... Y sobre Alba... ya lo he dicho, incluso queriendo a Haruko la amaba a ella, a través de ese amor. Nunca dejaría de hacerlo, pero era distinto. Ella tenía razón, pero no lo vi hasta que no me sorprendí solo, yo mismo, de lo que es capaz de sentir un cuerpo humano con el amor de verdad. La quise, la quiero y la querré, pero no es la mujer de mi vida y sé que tomamos la decisión correcta, que elegimos bien. Lo único que me pesa, aún a día de hoy, es que otros la tomaran por mí.

Así que... sí, claro que volvería. Y le daría ese consuelo... les daría ese consuelo. A él, para que no se sintiera solo en el mundo; a ella, para que no se sintiera culpable. Y me lo daría a mí. Nada sería como antes pero por primera vez en mucho tiempo, cuando pensé en ello no me apeteció. Éramos tres personas diferentes a las que fuimos. Lo de antes no nos llenaría. Inventaríamos algo y lo haríamos solo por nosotros. Y por fin todo se puso en orden en mi cosmos.

